



PARTE 10

MARIA BEATOBE

POR AMOR

TE ELEGÍ ETERNAMENTE

Click
EDICIONES

Índice

[Capítulo 178](#)
[Capítulo 179](#)
[Capítulo 180](#)
[Capítulo 181](#)
[Capítulo 182](#)
[Capítulo 183](#)
[Capítulo 184](#)
[Capítulo 185](#)
[Capítulo 186](#)
[Capítulo 187](#)
[Capítulo 188](#)
[Capítulo 189](#)
[Capítulo 190](#)
[Capítulo 191](#)
[Capítulo 192](#)
[Capítulo 193](#)
[Capítulo 194](#)
[Capítulo 195](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Carta a los lectores](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Me encerré en mi habitación pensando que el mundo se acababa en ese mismo momento, que mi vida se terminaba para siempre y que era la persona más desgraciada de todo el planeta por tener unos padres así, que no habían contado conmigo para tomar una decisión tan importante, como era mudarnos fuera de la ciudad nada más y nada menos que ¡dos meses!

Tumbada boca abajo sobre la cama, me abracé a la almohada como a un salvavidas y empecé a llorar como hacía tiempo que no lo hacía. Sentía tanta rabia e impotencia que temía escupir fuego en cualquier momento si se me ocurría abrir la boca, aunque fuera solo para suspirar.

Alguien dio dos sutiles golpes con los nudillos en la puerta de mi cuarto, se asomó con cautela y, sin verla y ni siquiera darme la vuelta, supe que era mi madre. De mi boca salió un «¡Fuera! ¡Quiero estar sola!» lleno de veneno y furia, y debió de entenderlo a la primera porque cerró la puerta tras de sí y se marchó.

No comprendía nada, ¿qué coño estaba pasando? Intentaba convencerme a mí misma de que estaba viviendo un mal sueño del que esperaba despertar pronto. Pero algo me decía a gritos que era más real que la vida misma. ¿En qué momento se les pasó por la cabeza que yo me iría con ellos? Ni siquiera me habían pedido mi opinión; habían decidido por mí sin consultarme, y eso no era justo. No, no lo era, porque no se me ocurría ninguna razón, por ínfima que fuera, que les hiciera pensar por un solo segundo que querría irme con ellos.

No podía parar de llorar y me jodía que el fin de semana tan bonito que había pasado con Gael y mis amigas, celebrando el dieciocho cumpleaños de Cloe, terminara así. Tendría que haberme ido a comer con mi novio y así me habría evitado el disgusto, aunque en realidad solamente lo habría pospuesto, habría apartado el problema para tarde o temprano darme de bruces con él.

Pensé en llamarlo y desahogarme, pero probablemente lo que en principio sería una conversación de consuelo acabaría convirtiéndose en una

excusa para pagar mi frustración con él, y no se lo merecía.

Me daban ganas de dar un puñetazo a la pared con todas mis fuerzas y descargar mi cabreo en algo. ¡Joder! ¡No quería irme! ¿Tenía que explicárselo en otro idioma para que lo entendieran? Porque creí que lo había dejado muy claro nada más conocer la noticia. Aun así, me levanté de un arrebato y me encaminé de nuevo al salón en busca de mis padres.

Pero no los encontré allí; estaban hablando en la cocina, y lo poco que escuché fue a mi madre decirle a mi padre que tenía que entenderme, que mi vida estaba hecha aquí y que había sido un *shock* para mí conocer sus planes.

Y no podía tener más razón, porque en un segundo me había derrumbado como un edificio en ruinas. Mi respiración era cada vez más desacompañada y notaba una presión en el pecho que me asustaba.

¿En qué coño estaban pensando para decidir así sobre mí? Ya era mayor de edad y tenía voz en la familia. Es más, siempre la había tenido, ¿por qué ahora no?

Cada pensamiento que atravesaba mi cabeza hacía que me enfadara más, así que, tras enjugarme las lágrimas, apreté los puños y, con toda la fuerza que conseguí reunir, entré en la cocina.

Mis padres se volvieron al oírme y esperaron tensos mi reacción. Por unos segundos, lo único que se oyó fue mi respiración alterada, hasta que abrí la boca.

—No voy a ir a ninguna parte —dije contundente.

—Sí vas a venir —respondió mi padre, casi sin dejarme terminar.

—Espera un momento —interrumpió mi madre, poniéndole la mano en el hombro—. Déjala que hable.

Mi padre resopló, negando con la cabeza, y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados y los labios apretados. Estaba clarísimo que no tenía ninguna gana de escuchar mis razones. Aun así, continué con mi discurso.

—¿Se puede saber en qué momento decidisteis que sería bueno para mí irme dos meses?

—Cariño —se acercó mi madre—, es por trabajo.

—¡Pero es por VUESTRO trabajo! —Me aparté—. ¡No por el mío! ¡Tengo la universidad aquí! ¡Mis amigas están aquí!

—Y tu novio está aquí —rebatí mi padre con hostilidad.

Escucharle decir eso, y sobre todo la manera en que lo hizo, incrementó mi irritación hasta límites que ni yo reconocía.

—¡Pues sí! —vociferé—. ¡Gael está aquí! ¿Y qué? ¿También es malo?

—¡No pensarás que te vamos a dejar aquí sola con él! —replicó.

—¡Soy mayor de edad!

—¡Pero yo soy tu padre!

—Calmaos —intentó apaciguar mi madre.

Pero estábamos metidos en tal vorágine que esto se había convertido en algo entre él y yo.

—¡Y qué! —me quejé.

—Que mientras vivamos bajo el mismo techo, acatarás lo que aquí se diga —sentenció—. Y lo que se dice es que tú te vienes con nosotros.

Respiré aún con mayor dificultad tras escuchar su réplica y las palabras salieron a borbotones por mi boca, sin poder pararlas aunque hubiera querido.

—Pues a lo mejor ha llegado el momento de dejar de hacerlo —exploté.

Y me di la vuelta como una exhalación, cogí el bolso del salón y me dirigí a la puerta de casa para salir de allí como alma que lleva al diablo. Oí a mi madre tras de mí gritar mi nombre, pero no me detuve y corrí escaleras abajo sin mirar atrás, con los ojos llenos de lágrimas.



GAEL

Llegué a casa agotado; el fin de semana había sido asombroso, pero al final estas fiestas acaban pasando factura. Me hubiera encantado que Naira se hubiera venido a comer conmigo, pero era comprensible que quisiera pasar tiempo con sus padres.

Nada más entrar me fui directo a la habitación, me cambié de ropa y me puse algo cómodo para estar por casa, saqué las cosas de la maleta y llamé a un restaurante italiano que había cerca para pedir algo de comer. Estaba tan hecho polvo que no me apetecía ponerme a cocinar.

Me desplomé en el sofá y cogí el móvil para escribir un mensaje a Naira y decirle que ya la echaba mucho de menos, pero no me respondió. La verdad es que me extrañó que ni siquiera lo leyera, aunque supuse que estaría contándoles a sus padres el fin de semana en la sierra (espero que omitiendo nuestra incursión sexual en la piscina). Me reí solo al recordarlo.

Estaba esperando a que trajeran la comida mientras leía el periódico en el móvil cuando llamaron al telefonillo. Me extrañó que fuera ya el repartidor, me parecía un poco pronto, pero por otro lado me alegré porque así comería antes.

Descolgué el auricular para preguntar quién era y, convencido de que sería el mensajero, me quedé helado al escuchar la voz de Naira y decir que le abriera, con un tono no muy alegre.

Reconozco que me puse muy nervioso y, tras abrirle, esperé en el descansillo a que llegara el ascensor. ¿Qué había pasado? Me había dejado claro que no podía venir a casa, ¿qué hacía aquí entonces? Por un momento, entré en pánico al pensar que el gilipollas de Mora hubiera intentado acercarse a ella de nuevo y me puse tenso. Apreté los puños y me mordí los

labios. No podía ser eso, le dejé bastante claro que le hundiría la vida si se atrevía solamente a pensar en ella.

Miré al frente y vi como el ascensor se detenía en mi piso. Naira abrió la puerta con decisión y en décimas de segundo la tenía en mis brazos.

—Nai, ¿qué ha pasado? —pregunté, acogiéndola.

—¡Los odio! ¡Es que los odio! —sollozaba.

—¿A quién?

—¡A mis padres!

Y se separó para entrar en el estudio como un rayo. Que me hablara de sus padres me relajó en cierto modo; ellos jamás le harían el daño que ese cabrón le dejó tatuado una noche. Tragué saliva, cerré la puerta y la seguí.

—¿Qué ha pasado, cariño?

Ella se movía por la casa como un león enjaulado, nerviosa, con rabia y con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Ni siquiera se han parado a escucharme! ¡No pueden hacerme esto! ¡No pueden!

—A ver, cariño, siéntate y cuéntame con calma.

—¡Cómo quieres que me calme después de lo que me han hecho! Se creen que por ser mayores que yo pueden decidir sobre mi vida, ¡como si nada me importara!

—Bueno, pues cuéntamelo. Quizá pueda ayudarte.

Me estaba empezando a inquietar el hecho de que no me contara qué pasaba, pero lo que estaba claro era que necesitaba desahogarse, de pie, sentada o como a ella la ayudara más. ¿Qué le habría pasado con su familia para que estuviera así? Siempre habían tenido muy buena relación, o al menos eso transmitía Nai cada vez que me hablaba de ellos. Algo no encajaba, pero tendría que tener paciencia y esperar a que quisiera contármelo.

De repente, empezó a coger los cojines y a lanzarlos al suelo mientras gritaba «¡Los aborrezco! ¡A los dos!». Me acerqué a ella con decisión y la abracé con fuerza. Al principio intentaba resistirse mientras buscaba de nuevo otro objeto que lanzar, hasta que noté que su cuerpo empezaba a relajarse y comenzó a llorar como un torrente sin consuelo.

—Shhh, tranquila, mi niña.

Le acaricié la nuca y la espalda, intentado que se destensara lo más posible y me pudiera contar por fin qué coño le había pasado para estar tan nerviosa; nunca la había visto así.

Pasaron unos cinco minutos hasta que su llanto se transformó en un lamento un poco más sosegado; no nos habíamos movido del sitio y manteníamos la misma postura. Y me hubiera quedado así para siempre si eso supusiera que ella iba a estar bien. Naira se había convertido en el eje central de mi vida y por nada del mundo soportaría que sufriera.

De repente, una frase, unas palabras que por fin dieron sentido a su actitud y a mí me mataron en vida.

—Quieren que nos mudemos fuera de Madrid.

Ahora era yo el que estaba tenso, rabioso, cabreado y sin entender nada. El que quería tirar los cojines, llorar primero con desesperación y después con desconsuelo. Ya lo entendía todo, sus lágrimas y su alteración.

Respiré hondo e intenté mostrarme lo más relajado posible; no ayudaría en nada si ahora era yo el que me volvía loco, aunque no me faltaban ganas de llamar a sus padres y que me explicaran de qué iba todo esto.

Lo cierto era que necesitaba más información para poder ayudarla, así que la cogí de la mano, se la besé y la conduje hasta el sofá, donde los dos nos sentamos.

—Perdona por haber entrado así.

—No tienes que pedirme perdón por nada. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te apetece contármelo?

Se sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas, y después de guardar unos segundos de silencio mirando al suelo, comenzó a hablar.



Gracias a que Gael me había acompañado en mi desasosiego, me sentía un poco más calmada como para poder contarle lo que había pasado. Ese abrazo había sido sin duda lo que necesitaba para sentirme acogida y comprendida, y él sabía hacer que todo fuera más fácil. A su lado nada era imposible, y solo notarlo cerca me reconfortaba. Sentirme protegida entre sus brazos, notar su mano acariciándome la espalda y oler su aroma fue un bálsamo para mí. Ahora ya podía estar tranquila.

Ya en el sofá, vi su cara de preocupación, y no me extrañaba, porque había entrado en su casa como un elefante en una cacharrería y hasta segundos antes no había soltado la bomba cuya mecha habían encendido mis padres en casa.

Le pedí perdón por ello, pero él, paciente y comprensivo como siempre, me instaba a que le contara lo que me pasaba.

—Mis padres quieren que nos mudemos fuera un par de meses —repetí.

Frunció el ceño y en su nuez noté que tragaba saliva un par de veces.

—Pero ¿por qué?

—Han ascendido a mi padre y en su nuevo lugar de trabajo han ofrecido un puesto a mi madre, y deben formarse... fuera.

—Fuera ¿dónde?

—Finisterre.

—Joder. —Se tocó la frente con cierto nerviosismo—. Ya podía haber sido un poco más cerca. Habría facilitado bastante las cosas.

—Ya...

—Vente a vivir conmigo, Nai —dijo con contundencia.

Medio sonreí con pena; eso era imposible, mis padres jamás lo permitirían.

—Eso no va a poder ser, Gael.

—¿Por qué?

—Mi padre me lo ha dejado clarísimo. Cuando le estaba contando que aquí tenía mi vida y mis amigas, ha recalcado «y tu novio». Le he dicho que sí, que tú también estabas aquí, y ha respondido que ni me imagine que vendré a vivir contigo.

Gael se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón; ahora el enjaulado era él. Con las manos en la nuca, se paseaba buscando una solución a todo esto, la respuesta que nos hacía falta para que no fuera obligatorio separarnos. Hasta que se le debió de ocurrir algo, porque corrió de nuevo al sofá.

—Preséntamelos, Nai, deja que me conozcan. Quizá así confíen más en mí, no sé —dijo, ya algo desesperado.

—¿Cómo? No, no..., no creo que eso facilitara las cosas.

—¿Por qué?

—Pues... porque... ¡yo qué sé, Gael! Es que no quiero empeorar las cosas y ¡lo mismo mi padre no te lo hace pasar bien! Yo qué sé...

—Naira, mírame —dijo serio—. ¿Recuerdas a mi madre?

Vale, indirecta pillada; ella había sido una víbora conmigo y sabía que mi padre, aun enfadado, jamás perdería las formas y el respeto como lo hizo esa mujer.

Me sostuvo la mirada firmemente; no estaba hablando en broma.

—Cariño, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que te quedes aquí. Aunque sea te rpto. —Guiñó un ojo.

Su comentario me hizo sonreír, con lástima, pero sonreír al fin y al cabo.

—Pero avísame cuando vayas a hacerlo para tener al menos la maleta preparada.

Su gesto se relajó al ver que yo también lo hacía, se acercó a mí y me besó, y después nos fundimos en un abrazo tan reconfortante como el de antes.

Llegó el repartidor con la comida italiana y la compartimos entre los dos, además de apañar un par de cosas más en la cocina por si nos quedábamos con hambre.

Recibí un par de llamadas de mi madre a las que no quise responder; no me apetecía hablar con ella después del ultimátum. Tenía claro que, tarde o temprano, tendría que aparecer por mi casa y hablar sobre el tema, pero en ese momento estaba tan enfadada que sabía que si cogía el teléfono acabaríamos peor de lo que estábamos.

Estaba segura de que mi madre sabía que había acudido a casa de Gael, aunque no le hubiera dicho nada; en ciertas cosas era bastante previsible.

Cuando acabamos de comer, me quedé dormida en el sofá, con la cabeza apoyada sobre las piernas de Gael mientras me acariciaba el pelo. Qué bonito sería vivir así todos los días, estar juntos en casa sin tener que pensar que llega el momento de irme o si mis padres me dejarán volver al día siguiente. Olvidarnos del reloj y dejarnos llevar sin medida. Pero la realidad era otra y se presentaba bastante cruel, con dos meses de por medio en los que no podríamos vernos por la distancia.

Gael se empeñaba en que, si hablaba con mis padres, podrían cambiar las cosas, y lo mismo hasta conseguíamos que me quedara aquí, en Madrid.

Otra cosa que se me ocurrió fue hablar con Noe. Quizá podía quedarme este tiempo en su casa; al fin y al cabo, eran solo dos meses y su madre pasaba mucho tiempo fuera, demasiado para Noe. En Cloe no pensé porque su situación familiar era bastante diferente; sus padres acababan prácticamente de reconciliarse y Adrián, su hermano, estaba en plena preadolescencia; de ahí que pensara que con Noe quizá fuera más fácil.

¿Qué les sentaría mejor a mis padres? ¿Presentarles a Gael o que hablaran con Fabiola, la madre de Noe?



Sobre las ocho de la tarde, Gael me acompañó a casa y, después de mucho hablar del tema y de las consecuencias que podría tener que me hubiera marchado antes así y haberles dejado con la palabra en la boca, pensamos que sería mejor que no llegara muy tarde para no empeorar las cosas. Aunque, si por mí fuera, me habría atrincherado en el estudio y de allí no me sacaba nadie hasta la vuelta de mis padres de su formación.

—Estate tranquila, cariño. Verás como encontramos una solución —me alentó Gael antes de que saliera del coche.

—Ojalá. Estoy supernerviosa, no sé lo que me voy a encontrar cuando suba.

—Yo te lo voy a decir —se acomodó frente a mí—: te vas a encontrar a unos padres preocupados por su hija. Ya lo verás.

—No sé yo, ya te digo que mi padre y yo tenemos bastante carácter y chocamos mucho.

—¿Tú? ¿Carácter? ¡Venga ya! —bromeó—. En serio, no te agobies. Sube y cuando sepas algo me llamas, ¿vale? Estaré despierto hasta que me digas lo que sea.

—Vale —suspiré, mirándole fijamente.

—No tengas miedo, pequeña, todo irá bien —respondió, posando su frente en la mía.

Salí del coche con cierto temblor; no era nada fácil enfrentarme a mis padres sabiendo que me esperaban. Cuando abrí la puerta de casa, oí la televisión de fondo en el salón, cerré despacio y entré en la habitación. Mis padres estaban viendo un programa, pero se volvieron al oírme entrar y me quedé de pie esperando una reacción.

—¿Podemos hablar? —preguntó mi padre, sosegado.

—Claro —respondí, aliviada.

En el fondo esperaba recibir una bronca o una primera pregunta lapidaria, pero bueno, por lo visto, no era solo a mí a quien le había venido

bien despejarse un rato.

Me senté en el sillón que estaba libre, algo inquieta y a la expectativa. Mi madre cogió el mando y apagó la televisión, dejando el salón en un tenso silencio. Tenía el móvil entre las manos, como si de esa manera Gael estuviera más cerca, y jugueteaba nerviosa con él mientras esperaba a que alguno de los dos diera el pistoletazo de salida a la conversación.

—Cariño...

Mi madre; fue ella la que lo dijo en un tono conciliador. La miré y esperé con un nudo en el estómago a que prosiguiera.

—A ver, en ningún caso queremos que pienses que no contamos con tu opinión en todo esto —torcí el gesto—, pero también nos ha pillado por sorpresa lo de los trabajos, y estarás con nosotros en que esta oportunidad no podemos dejarla pasar.

—Mamá, sé que lo es y lo respeto, pero creo que vosotros no estáis entendiendo lo que supone para mí marcharme dos meses de aquí.

—Sí lo sabemos, Nai.

—No, mamá, porque si lo supierais no me estaríais obligando a irme con vosotros.

—¿Y qué nos propones tú? —intervino mi padre en tono tirante.

Hostias, esto sí que no me lo esperaba. Podía decir sin medias tintas ni contemplaciones lo que me gustaría hacer, pero tampoco era plan de soltar a bocajarro que quería mudarme con Gael. Así que a ver cómo me explicaba sin que mi padre saltara (porque sabía que mi madre al menos me dejaría terminar la frase).

—A ver. —Tragué saliva—. No me quedaría sola, porque Noe vive aquí al lado y conocéis a Fabiola.

—No vamos a dejar que te quedes sola aquí; si te pasara cualquier cosa me muero —dijo mi madre.

—¿Y si hablamos con Fabiola? ¡Lo mismo me podría quedar en su casa!

—No —respondió mi padre con contundencia—, no vamos a liar a nadie en esto.

—Pero ¡seguro que no habría ningún problema! No tengo cinco años ni me tienen que cambiar pañales.

—Cariño —mi madre de nuevo—, sería una gran responsabilidad para ella, y bastante tiene ya con su trabajo y su vida.

Negué con la cabeza.

—No me lo ponéis fácil —dije.

—Ni tú a nosotros —respondió mi padre.

Se hizo un silencio incómodo; ninguno volvió a decir nada. Hubo unos minutos en los que, si hubiera abierto la boca, habría vomitado todo lo que sentía tras conocer el bombazo, pero, sobre todo, habría gritado a los cuatro vientos que con quien quería irme era con mi novio; estaba segura de que con él estaría bien y que esos dos meses serían los más felices de mi vida. Pero como lanzara esos misiles, tenía claro que me mandarían a hacer la maleta directamente y sin derecho a réplica. Así que lo único que se me ocurrió decir fue:

—Me gustaría que conocierais a Gael.

A esperar el chaparrón.

—¿Gael? —dijo mi padre, mirando a mi madre.

—Su novio —respondió ella.

—No, me niego.

—Bueno, yo no lo veo tan mala idea —añadió mi madre—. Al fin y al cabo, es la pareja de tu hija, te guste o no —¡ole, mamá!—, e independientemente de nuestro viaje, a mí me parece interesante conocerlo y hablar con él.

¡Sí, mamá! Joder, qué conexión teníamos; si es que me habría levantado y la habría achuchado hasta espachurrarla, pero no era el momento, quizá después.

Me mantuve callada mientras ellos discutían si Gael empezaría o no a formar parte indirectamente de la familia.

Mi padre, con argumentos arcaicos, se negaba a conocer al chico que solo quería llevarse a la cama a su hija, palabras textuales, además de lamentaciones tipo «lástima que mi amigo Juan dejara de trabajar en la Policía Nacional para investigarle», o que «se tendría que haber sacado la licencia de armas». En fin, razonamientos del Pleistoceno que mi madre rebatía con total maestría.

Así que, tras un partido de argumentos de campo a campo, la victoria fue para mi madre con una frase contundente:

—Gael vendrá a cenar esta semana a casa y tú —dijo, señalando a mi padre— vas a ser educado como siempre lo has sido, y ¿sabes por qué? Porque lo vas a hacer por tu hija y por mí.

Y ahí mi madre dio por terminada la conversación, con un palmo de narices, y me dejó la pequeña esperanza (mínima) de que a lo mejor, si la cosa salía bien, podría quedarme aquí.



GAEL

Cada vez estaba más nervioso al no tener noticias de Nai, pero le dije que esperaría hasta que se pusiera en contacto conmigo, y eso iba a hacer. Me encendí un cigarro y me puse a cambiar de canal a ver si ponían algo decente en la televisión, pero no había nada que me llamara especialmente la atención. Suponía que, por los nervios, tenía la cabeza en otro lugar, y ese era la casa de Nai.

Al final terminé poniéndome una película en el DVD, *Blade*. La había visto varias veces, pero en esos momentos no estaba lo suficientemente concentrado como para asimilar una nueva historia.

Le di la última calada al cigarro y, según estaba apagándolo en el cenicero, el teléfono comenzó a sonar. Vi que era Nai y lo cogí enseguida.

—Hola, mi niña.

—Hola, cariño.

—¿Cómo estás?

—Bueno...

—¿Cómo ha ido todo?

—Pues cuando he llegado, la verdad es que estaban bastante calmados, mi madre sobre todo. Luego la cosa ha ido calentándose poco a poco y mi padre y yo nos hemos vuelto a enzarzar.

—Vaya.

—Ha sido principalmente cuando he propuesto que te conocieran.

—¿Cómo? ¿Se lo has propuesto? ¿Y qué han dicho?

—Mi padre se ha negado en rotundo —hizo una pausa—, pero mi madre, no. Quiere que vengas a cenar un día de estos a casa.

—¡No jodas! ¿En serio? —respondí, sorprendido.

—Sí. Y ahora en frío me planteo si será bueno o malo.

—Cariño, ¡es muy bueno! Quiero que tu padre no me vea como un ogro que solo quiere acostarse con su hija, es una gran oportunidad.

—¿En serio? —preguntó, dubitativa.

—Te lo prometo. Ya lo verás.

—No sé, Gael, estoy supernerviosa. Ya no sé qué hacer ni qué decir para no estropear más las cosas y terminar fuera dos meses; si no, acabarán siendo más.

—A ver, Nai, vamos a hacer todo lo posible para que te quedes, así que piensa que, si cenamos los cuatro, también verán lo que nos afecta que te vayas, y sé que al menos tu madre lo valorará. Porque, según me cuentas, es bastante sensata.

Suspiró.

—Ey, nena. Tranquila, ¿vale?

—Vale —musitó.

—Estamos juntos en esto.

—Tengo tanto miedo, Gael...

—Lo sé, y yo también lo tengo, pero tenemos que agotar todos los cartuchos antes de tirar la toalla. Saldrá bien, confía en mí.

—Ojalá.

—Cuéntame, ¿qué vas a hacer ahora?

—Creo que me iré a la cama, son demasiadas emociones para un solo día.

—Vale, pues acuéstate y verás como mañana lo ves todo de otra manera.

—Eso espero. Gracias por todo, cariño.

—No me des las gracias, lo hago porque no quiero separarme nunca de ti.

Descansa, pequeña. Mañana hablamos.

—Buenas noches.

—Te quiero.

—Y yo.

Y colgó.

Cogí aire y lo solté despacio. Ni yo mismo me creía lo que intentaba transmitirle; estaba clarísimo que no sería nada fácil que la dejaran quedarse aquí mientras ellos estaban fuera, pero si yo me mostraba débil, ella estaría

peor, así que intenté pasarle todas las fuerzas que no tenía y hacerle ver que no estaba todo perdido.

Pero ¿y si lo estaba? ¿Y si sus padres ya tenían decidido que se marcharían los tres, aunque quisieran conocerme?

Bueno, lo importante era que al menos querían verme antes de irse, y tenía que darlo todo para que vieran que no era una amenaza para su hija y que iba en serio con ella.



Pasé una noche malísima, con horribles pesadillas que me hicieron dar vueltas y vueltas en la cama. Soñaba que iba en la parte de atrás del coche de mis padres y Gael corría intentando alcanzarme, pero nunca llegaba.

La sensación de angustia era tan real que llegaba a sentirla en el pecho; de hecho, me desperté llorando y con la respiración agitada. Tuve que encender la luz para ubicarme en mi habitación y ser consciente de que había sido solo un sueño. Pero no sé por qué me daba que ese viaje tenía gran parte de verdad.

Antes de levantarme por la mañana, cogí el móvil, que dejaba siempre en la mesilla, y escribí primero a Gael para darle los buenos días y después al grupo de mis unicornias. Quería citarlas en el bar que estaba a dos calles de casa para contarles lo que me había pasado, aunque nos fumáramos la primera clase o incluso la segunda.

Me contestaron enseguida preguntando qué había pasado y solo les dije que había tenido movida con mis padres. Ya después ampliaría la información.

Desayuné sola, porque mis padres se habían ido ya a trabajar, y la verdad es que lo agradecí; otro enfrentamiento me habría minado todavía más.

Me miré en el espejo del ascensor y la verdad es que no tenía muy buen aspecto, y, sinceramente, tampoco me preocupé mucho por disimularlo. Me sentía mal y no tenía por qué esconderlo; bastante había ya fingido mis emociones como para seguir haciéndolo.

Noemí y Cloe me esperaban en la puerta del bar. Hablaban de forma distendida hasta que llegué, aunque dejaron de hacerlo y me observaron con gesto de preocupación.

—Buenos días —dije.

—Buenos, buenos..., no sé. Tienes mala cara, nena.

—Venga, vamos dentro y hablamos —propuso Cloe.

Entramos y, tras pedir al camarero tres chocolates con churros, les conté el órdago que mis padres me habían lanzado la tarde anterior. Sus caras lo

dijeron todo.

—¡No jodas!

—Nena, ¡estarás de coña! Tus padres no pueden hacerte eso. No pueden hacernos eso.

Intenté responder, pero no pude evitar ponerme a llorar mientras negaba con la cabeza.

—¡No es justo! —gruñó Cloe.

—Quédate en mi casa, nena.

Cogí aire y retomé la conversación con las pocas fuerzas que pude reunir.

—Se lo propuse a mis padres, pero no quieren que sea una responsabilidad para nadie.

—¡Venga ya! Todos sabemos que no lo serías.

—Explícaselo a ellos.

—Sola en casa no te dejan, ¿no?

—Ni de broma. Mi madre dice que, si me pasara algo, no se lo perdonaría en la vida.

—¿Y con Gael?

—¿En serio me lo preguntas, Noe? Si no me dejan con tu madre, imagínate con un tío que mi padre ve como un depredador y asesino en serie.

—Joder, joder, joder... —se quejó Cloe—. Algo tenemos que hacer.

—Yo es que cada vez lo veo todo más negro —lloriqueé—. Tengo la sensación de que cualquier esfuerzo va a ser en vano y que estaba todo decidido incluso antes de contármelo ayer.

—Nena, estate tranquila, ya verás como entre todos encontramos una solución.

—Bueno, el que tu madre quiera que Gael vaya a cenar no es malo —dijo Cloe.

—Ya..., pero me da miedo cómo se comporte mi padre con él y que sea peor el remedio que la enfermedad.

—Gael es un tío formal y muy centrado, así que no te preocupes por eso. Va a caerles bien, seguro. Otra cosa es que tu padre intente fingir lo contrario, pero en el fondo sé que se los ganará a los dos —indicó Noe.

—Ojalá —suspiré.

—Tú solo piensa que quedan unos días todavía; aún no está todo perdido.

—Es que no sé qué más decirles, porque tu madre era la única opción que pensaba que mis padres podrían llegar a plantearse y casi ni termino la frase.

— Saldremos de esta —respondió Cloe, pasándome el brazo por la espalda.

— Gracias, chicas.

Nos tomamos el chocolate y los churros, que ya se sabe que el dulce quita mejor las penas —o eso quería pensar yo—, y llegamos justitas a la segunda clase, a la que me enfrenté con desgana y con la cabeza en otra parte.

Llamé a Gael en un descanso y quedamos en que podría ser buena idea que viniera a cenar esa misma semana y no dejar pasar mucho tiempo más, porque, aparte de no tenerlo, así mis padres no podrían echarse atrás.

—Genial, pues esta semana —me dijo.

Mandé un mensaje a mi madre y se lo comenté. Con la discusión que habíamos tenido, me era más fácil comunicarme con ella a través de una pantalla de teléfono; no tardó en responder: «De acuerdo, cariño, cuando queráis».

La verdad es que no era precisamente con ella con la que tenía el conflicto; me costaba más entenderme con mi padre, pero lo que sí estaba claro era que los dos estaban de acuerdo en que yo me marchara con ellos. Lo que ocurre es que cada uno planteaba la situación de una manera diferente.

Así que pusimos en marcha la maquinaria para ver qué día podría ser bueno y, tras valorar varias opciones, Gael y yo pensamos que el jueves sería perfecto.

Volví a escribir a mi madre y de nuevo fue rápida en su respuesta; esta vez lo hizo con un «Me parece genial. Yo hablo con tu padre, tú tranquila».

Comenzaba la cuenta atrás; dentro de cuatro días, mis padres conocerían oficialmente a Gael como mi novio, y a mí me temblaban hasta las pestañas.

Era la primera vez que un chico entraba en mi casa, fuera como novio o como amigo. Hasta ahora, las únicas que habían estado allí eran mis unicornias. Y pensar que ahora presentaría a Gael en plan formal me tenía atacada.



GAEL

Había llegado el jueves, el día marcado en el calendario como crucial en mi vida y en la de Naira. Iba a presentarme a sus padres y yo estaba muerto de miedo; hablar del tema era más fácil que enfrentarlo de cara. Pero por ella haría lo que fuera y, si eso pasaba por hacer de tripas corazón y no decirles a sus padres que no era justo que se llevaran a su hija de esa manera, lo haría y me tragaría mis ganas de hacerlo.

Naira y yo quedamos en que nos veríamos directamente en su casa y así también ayudaría a sus padres a preparar la cena. Me contó que su padre no se había tomado nada bien lo de que finalmente yo acudiera, pero que a ella no se lo había verbalizado directamente, sino que lo había hecho a través de su madre. Y la verdad es que tampoco me extrañó.

Podía entender que su padre me viera como el enemigo, pero tenía que velar por la felicidad de su hija, y a Naira le hacía feliz estar conmigo y a mí con ella.

Ese día estaba tan nervioso que no fui ni a la facultad. Estuve casi toda la mañana en el gimnasio para descargar la adrenalina en el saco de boxeo y conseguir estar un poco menos tenso, si es que se podía.

Al salir, llamé a Hugo para invitarle a comer en casa y que me hiciera compañía; necesitaba hablar con él y mostrarme realmente como me sentía. Con Naira intentaba hacerme el fuerte, pero también mi energía flaqueaba; sin embargo, con mi amigo podía desahogarme con sinceridad.

Habíamos hablado durante la semana, pero Hugo había estado muy liado y no habíamos tenido la posibilidad de vernos; así que me dijo que sí, que en cuanto terminara de hacer unas gestiones se presentaría en mi casa.

Preparé algo de verdura y carne para comer, y a la una Hugo estaba entrando por la puerta.

—¿Qué tal, tío? —dijo, chocándome la mano.

—Pues aquí, preparando la comida. Pasa.

Nos dirigimos a la cocina, saqué dos cervezas, le tendí una y la cogió sin dudarle. Se sentó en un taburete y, mientras yo acababa de preparar la comida, empezamos a hablar.

—Bueno, y ¿cómo lo llevas? —preguntó.

—Fatal, estoy de los nervios.

—Eso es normal. No se conoce a tus suegros todos los días. Y las cosas en casa de Nai, ¿cómo van?

—Tensas. Dice que no se habla mucho del tema porque enseguida se pone a discutir con su padre, pero que su madre es la que está mediando un poco.

—Joder, es que es una putada. Cloe no para de darle vueltas y pensar qué pueden hacer, pero es que no hay muchas posibilidades.

—Ese es el problema. Que no quieren que se quede en casa de nadie, para no dar responsabilidades a otras personas, pero, tío, ya tiene dieciocho años, no es una niña.

—Ya, eso lo pensamos nosotros, pero probablemente para sus padres aún lo sea.

—Recuerdo el día que los conocí; fue de las primeras veces que veía a Nai. Yo estaba cenando con mis padres en un restaurante y ella estaba con los suyos. Tuve movida con los míos por el tema de la carrera y cuando salí a fumar un cigarro me la encontré.

—Joder, qué casualidad.

—Ya te digo.

—Entonces, a sus padres ya les suenas al menos.

—Sí, me los presentó, pero de eso hace tiempo, el verano pasado.

—¿Y qué tal eran?

—Su madre parecía maja, pero su padre me taladró con la mirada. Además, recuerdo que le había dejado a Nai mi chaqueta, y para qué queríamos más.

—Bueno, los padres son muy protectores con sus hijas. No es nada nuevo.

—Lo sé, pero, tío, no viste el escáner que me hizo.

Hugo se empezó a reír y al final terminó contagiándome. Me estaba viniendo genial hablar con él; era como si al contarle y oírmelo decir en voz alta, las cosas se vieran menos dramáticas.

—Y espérate a esta noche; estate atento, no vaya a ser que tenga la escopeta debajo de la mesa y te dispare a un huevo.

Solté una carcajada.

—¿Te quieres callar? Eres un poco cabrón, ¿no? ¡Así no me animas!

Nos fuimos al salón a poner la mesa y nos pusimos una peli de guerra; la eligió Hugo, y no sé por qué encontré cierta similitud entre mi día y el género de la película. Esa noche a lo mejor también habría algo de guerra durante la cena.

Después nos quedamos dormidos en el sofá. Echamos una cabezada de media horita, que me vino muy bien; al fin y al cabo, me había dado un palizón en el gimnasio y estaba reventado. Objetivo cumplido: agotarme.

A las seis me empecé a preparar y Hugo se quedó conmigo hasta unos momentos antes de irme a casa de mi novia.

—Gracias, tío, por estar conmigo hoy. —Nos despedimos en la puerta del portal.

—De nada, para eso estamos. Y recuerda, protege tus partes debajo de la mesa. —Me guiñó un ojo.

—Qué cabrón. —Me reí.

Nos dimos un abrazo.

—Que vaya todo bien. Cuéntame cuando llegues a casa, ¿vale?

—Vale.

—Y si necesitas raptarla, me llamas y me llevo un par de mantas.

—Hecho. —Sonreí.

Me monté en el coche y arranqué, pero antes de emprender la marcha, escribí a Naira.

Hola, cariño, salgo para allá.

Contestó al segundo; debía de estar utilizando el teléfono en ese momento.

Genial, te espero.
¿Estás bien?
Sí, de momento la cosa está tranquila.
Me alegra leer eso.

Y le puse una carita lanzándole besos en forma de corazones.

Ahora nos vemos.
Te quiero.
Y yo, mi niña.

Y metí la marcha para que el coche comenzara a moverse hacia la casa de Naira.



Cuando sonó el portero electrónico casi me da algo; había llegado el momento de que mis padres conocieran oficialmente a Gael. Como siempre, había sido puntual como un reloj, una cualidad que le caracterizaba.

Mi madre cogió el telefonillo y le abrió el portal; después fue al salón y terminó de poner las servilletas sobre la mesa, especialmente preparada para la ocasión. En otra más pequeña, frente al sofá, habíamos preparado unos canapés y algo de aperitivo para abrir boca antes de cenar.

Mi padre miraba por la ventana con una calma tensa; estaba claro que la situación no le agradaba nada, no se esforzaba en disimularlo, y eso me daba más miedo aún. Ambos teníamos el mismo carácter y sabía que era como una olla a presión, que si llegaba a estallar se llevaría todo por delante por defender a su hija, al igual que yo haría con ellos.

Llamaron al timbre y fui directa a abrir la puerta, pero mi madre se me adelantó. Al hacerlo, apareció Gael perfectamente arreglado, con unos *dockers* marrones y una camisa negra, acompañada de una chaqueta de lana gris bastante gruesa.

Cuando me vio detrás de mi madre sonrió y me provocó un revoloteo masivo de mariposillas en el estómago. Él sabía cómo hacer que me relajara y con ese gesto ya lo había conseguido; su sonrisa era como un calmante para mí.

—Hola, Gael, bienvenido —le recibió mi madre, dándole dos besos y cediéndole el paso para que entrara.

—Gracias —respondió con educación—. Me he tomado la libertad de traer unas pastas de postre.

Joder, pero ¿se podía saber cómo podía ser tan perfecto? Me daban ganas de tirarme a sus brazos y besarlo hasta desgastarlo. Por lo que conocía a mi madre, con ese detalle había ganado su primer punto.

—Muchas gracias, no tenías por qué hacerlo —sonrió mi madre—. Voy a llevarlas a la cocina. Nai, acompañaile al salón.

Gael me miró con media sonrisa, me guiñó un ojo y yo, como estaba enamorada hasta las trancas, no pude disimular mi sonrojo.

Hasta el momento, él y yo no nos habíamos saludado formalmente, y ¿cómo hacerlo? ¿Con un pico? ¿Un casto beso en la mejilla? Gael me dio la respuesta mientras me lo planteaba y lo hizo de la segunda manera, posando su mano en mi espalda y dándome un tímido beso en el pómulos, que recibí cerrando los ojos.

—Hola, pequeña —susurró.

—Hola —respondí nerviosa, sabiendo que tenía sobre la nuca la mirada inquisidora de mi padre—. Ven, te voy a presentar a mi padre.

No me dio tiempo ni a decirle su nombre cuando él se acercó a mi novio con cara de pocos amigos y le tendió la mano. Gael, con una calma que agradecí, le correspondió el gesto y se la estrechó. A mí el momento se me hizo eterno; mi padre lo estaba asesinando con la mirada y me daba la sensación de que le estaba apretando la mano más de lo normal, pero Gael aguantó el tipo y respondió con educación.

—Encantado de conocerlo.

Estaba segura de que si a mi padre le hubiéramos dado libertad para decir todo lo que se le pasara por la cabeza, habría respondido en plan «encantado estarás tú, que te estás trincando a mi hija, porque yo, lo que se dice *encantado de conocerte* no estoy; es más, por mí, te daría una patada en el culo que te mandaría lo suficientemente lejos como para que no volvieras a verla ni en foto, pero como no me dejan hablar, te lo intento explicar con mi mirada asesina».

Así que agradecí enormemente que se tragara sus palabras, a riesgo de ahogarse con ellas.

Lo invité a sentarse en el sofá y lo acompañé. Nada más aposentarnos uno al lado del otro, me cogió la mano con delicadeza. ¡No! ¡No me cojas la mano, que mi padre te la corta! La mano, digo.

La retiré nerviosa, atenta a si mi padre había visto el gesto, pero estaba más ocupado pensando en cómo cargarse a Gael sin dejar huella.

—¿Qué quieres beber, Gael? —preguntó mi madre, entrando en el salón.

—Un refresco, por favor; luego tengo que conducir.

—A mí tráeme una jarra de cerveza —dijo mi padre con firmeza—. Y grande.

A ver, estaría ciega si no me hubiera dado cuenta de que lo que mi padre acababa de hacer era mostrarse como el macho alfa de la manada, en plan «yo

tomo alcohol y en la jarra más grande del mundo y tú solo un refresquito».

Madre mía, como esto siguiera así, acabaría ardiendo Troya.

Mi madre trajo las bebidas y se acomodó en el sofá, con una sonrisa amable en los labios. Ya era hora de que alguien pusiera algo de cordura en todo esto.

—Gracias —dijo Gael, mirando a mi madre.

—Bueno, y ¿a qué te dedicas? —Primer disparo de mi padre, y con un tono de todo menos cordial.

—Estudio y trabajo.

Punto para mi novio.

—¿En qué? —prosiguió mi padre.

—Estoy estudiando Fisioterapia para después especializarme en deportiva y ayudo eventualmente a mi amigo Hugo en su empresa de eventos.

—¿Trabajas de noche? —Alzó las cejas.

Ese sí que sería un tema del que seguro que intentaría sacar cosas en contra de Gael.

—No exactamente.

—Explícame la diferencia.

—A ver, nosotros contratamos todo lo necesario para llevar a cabo el evento que nos encarguen, pero no solemos estar en ellos.

—No soléis, pero estáis.

—Solo al principio, para comprobar que todo esté bien, pero ya está.

—Y ¿tenéis muchos?

—No, van saliendo de cuando en cuando.

—Vamos, que no es un trabajo fijo.

Esta conversación se había convertido en un tú a tú entre ellos dos, y mi madre y yo nos habíamos quedado al margen sin darnos cuenta.

—No, mi prioridad es la carrera, pero con lo que saco con mi amigo me da para pagar el alquiler y mis gastos.

—Por tu edad ya estarás acabándola, ¿no?

Mi padre estaba sacando todo el arsenal.

—No, estoy en primero. Hice dos años de Administración y Dirección de Empresas...

—Y no la terminaste —le interrumpió—. ¿Por qué?

—A ver, papá —me quejé—, esto tampoco es un interrogatorio.

Mi padre chasqueó la lengua y cogió la cerveza para darle un trago.

—Solo estoy preguntando.

—Cariño —dijo mi madre—, ¿puedes acompañarme a la cocina un segundo a por una cosa?

Esto olía a reunión de pareja para decirle a mi padre que o echaba el freno o acabaríamos mal.

Y es que, si mi padre seguía con esa actitud, llegaría un momento en que no podría aguantarme más y acabaría discutiendo con él. Así que agradecí que mi madre se me adelantara y lo invitara amablemente a que la acompañara a la cocina.

—Lo siento —dije al quedarnos solos.

—No digas tonterías, tu padre solo quiere saber.

—Ya, pero hay maneras de preguntar, y no está siendo muy amable, la verdad.

—No te preocupes, he venido a que me conozcan y les contestaré a todo lo que quieran saber. Tú estate tranquila, de verdad.

—Es que estoy tan nerviosa... No quiero que te lo haga pasar mal.

—Nai —me besó en silencio—, relájate. Yo estoy bien.

Y nos callamos porque oímos que mis padres ya salían de la cocina.



Después de que mi madre le dijera lo que fuera a mi padre en la cocina, volvió un poco menos tenso y el resto del aperitivo transcurrió mejor; mi padre estaba menos participativo, eso sí, y sus escasas intervenciones se hicieron de otro modo.

Estuvimos hablando sobre en qué trabajaban sus padres y de temas relacionados con la carrera. Aquí sí que intervine yo y di mi punto de vista sobre el cambio que suponía pasar del instituto a la universidad. Se convirtió en una conversación a tres, casi a cuatro en algunas ocasiones, con un tinte mucho más sosegado en relación a como había comenzado la noche.

Gael mantuvo las formas en todo momento y se mostró muy atento conmigo, y eso mi madre lo notó, porque yo la miraba de reojo y sabía que estudiaba todos los movimientos de mi novio con otra perspectiva diferente a la de mi padre. Y es que mi madre y yo siempre habíamos conectado muy bien y nos entendíamos sin necesidad de utilizar las palabras.

Nos sentamos a cenar. Habíamos preparado un cóctel de gambas con lechuga y salsa rosa de primero y carne en salsa de segundo.

El primer plato lo comimos prácticamente en silencio; fue al empezar con el segundo cuando retomamos la conversación.

—Vives solo, ¿verdad? —preguntó mi madre, que tenía enfrente a Gael.

—Sí, me mudé primero a un ático que tienen mis padres, pero luego pensé que quería algo más pequeño y que pudiera mantener yo, no con el dinero de mis padres. No me sentía muy cómodo así.

Mi padre asintió. ¡Bien! Otro punto para mi niño.

—Así que conseguí un estudio no muy lejos de aquí. Los dueños son una pareja mayor que no lo querían tener cerrado y me dijeron que me bajaban el alquiler si se lo arreglaba un poco. Lo pinté y reparé algunas cosas que estaban deterioradas y allí estoy —respondió, orgulloso—. La verdad es que estoy muy contento.

—Y ¿cómo te organizas para trabajar y estudiar al mismo tiempo?

—Voy por la mañana a la facultad y no trabajo todos los días, solo algunas tardes. Los fines de semana es cuando más aprovecho para estudiar.

—Eso está bien. Estudiad ahora, que luego es algo que cargaréis en la espalda toda la vida.

La cena se fue desarrollando de forma más tranquila de lo que había imaginado, y todo gracias a mi madre, que supo apaciguar los ánimos con suma habilidad. Me levanté a recoger los platos que habíamos utilizado con la carne y, cuando mi madre iba a imitarme, Gael la interrumpió.

—No se levante, acompaño yo a Naira.

Y, con una sonrisa, le guiñé un ojo y me dirigí cargada a la cocina, con Gael a mi espalda.

Nada más dejar las cosas sobre la encimera, corrí hacia él y lo abracé con fuerza. Gael me correspondió con la misma intensidad y después se separó y juntó su frente con la mía.

—¿Estás bien? —Y me besó.

—Sí, ¿y tú? ¿Cómo estás pasando la noche? —pregunté, preocupada.

—Bien, estoy bien, tranquila.

—Ya, pero mi padre...

—Pequeña, es normal que para él no sea fácil; soy el novio de su única hija. Además, después de que tu madre se lo haya llevado a la cocina, está más relajado. ¡Hasta lo he visto asentir alguna vez!

—¡Sí, y yo! —sonreí—. Pero...

—Pero nada, y que sepas que estás preciosa, aunque me daba apuro decírtelo fuera.

—Tú también. Nada más verte con las pastas me han dado ganas de achucharte fuerte y besarte.

—¡Haberlo hecho!

—Sí, claro, y ahí es cuando mi padre aparece por detrás y te tira por las escaleras.

—¡Cómo sabía yo que no tenía que ser muy cariñoso contigo en el salón! —Y me besó—. Venga, vamos a llevar el postre y verás como la noche acaba bien.

Y nos besamos de una manera rápida y furtiva para que no nos pillaran.

Llevamos las pastas de té que Gael había traído, una jarra de café y una lechera. Mi padre se mostraba más relajado; no sé por qué intuía que Gael le había gustado, aunque intentara negarlo con su actitud.

En la sobremesa salió el tema del trabajo de mi padre en la fábrica y Gael se mostró muy interesado en el proceso de manufacturación; y ahí mi padre se creció al explicar sus inicios con poco más de veinte años. Otro punto para mi niño.

Por fin terminamos de recoger la mesa y comenzó el ritual de las despedidas, de pie en el salón. Fui a mi habitación a por la chaqueta de Gael, que había dejado sobre mi cama para que no se le arrugara, y cuando se la tendí, mi madre estaba hablando con él.

—Muchas gracias por haber venido, Gael. Ha sido un placer conocerte —dijo ella.

—Gracias a ustedes. Ha sido una cena muy agradable y la comida estaba muy buena.

Gael le tendió la mano a mi padre y él le miró a los ojos y, tras un segundo tenso, le correspondió el gesto con media sonrisa. ¡Media sonrisa! ¡Mi padre había pasado del gesto hierático del principio a mostrar un poco de sentimiento!

—Encantado, Gael.

—Igualmente —respondió.

Al ver que mi padre reaccionaba así, me dieron ganas de saltar y cantar echando confeti por la boca. ¡Había sonreído! ¡Otro punto más para Gael! Si es que mi niño era mucho niño.

Cuando fui a acompañarle a la puerta, con mis padres a nuestra espalda, me dijo:

—Espera, Nai. —Y se dio la vuelta y se quedó frente a mis padres—. Si me lo permiten, me gustaría decir algo antes de irme. —Se hizo el silencio—. Sé que para ustedes su hija es lo más importante en su vida, y es totalmente comprensible, pero me gustaría pedirles que la escucharan. Lo está pasando muy mal con el tema del traslado y, aparte de que a mí personalmente me encantaría que no se fuera, aquí tiene a sus mejores amigas, su entorno, la universidad... Y de verdad que no quiero meterme, pero, por lo que la conozco, sé que es una mujer responsable, centrada, estudiosa y con los pies en la tierra.

Mis padres lo miraban sin saber qué decir y yo me puse tensa ante su silencio, sin saber cómo iban a reaccionar. Pero al escucharle hablar de forma tan serena, tan sincera y con el corazón abierto en canal me emocioné.

—Perdón por el discurso, pero me veía en la necesidad de hacerlo. Veo a Nai tan agobiada que quería decirles que mi estudio está abierto para ella y

para ustedes cuando lo necesiten. Y que cuenten conmigo cuando sea.

Y así, con esa solemnidad y aplomo, me dio un beso en la mejilla y, tras un «luego te llamo», salió por la puerta. Yo me quedé de espaldas a mi padre a la espera de que uno de los dos rompiera el hielo.



GAEL

Cuando cerré la puerta tras de mí me temblaban las piernas, pero no podía marcharme de allí sin decirles todo lo que sentía dentro. Solo me había faltado suplicarles que dejaran que su hija pasara esos dos meses conmigo, que no se la llevaran, pero creo que, si leían entre líneas, descifrarían el mensaje oculto.

Cogí el coche y, antes de salir, le mandé un mensaje a Nai en el que solo ponía: «Te quiero».

Arranqué el motor y comencé el trayecto hacia mi casa, muerto de ganas de saber qué estaría pasando en la de Nai y qué reacción habrían tenido tras mi marcha. Esperaría a llegar al estudio antes de llamarla, aunque hubiera querido hacerlo en ese mismo momento.

En un semáforo en rojo cogí el móvil para ver si me había respondido, pero me sorprendí al ver que ni lo había leído y la verdad es que me quedé algo preocupado. Quizá me extralimité diciendo lo que había dicho justo antes de salir, pero juro que en ningún momento lo hice con soberbia o para decirles lo que tenían que hacer; solo quería tenderles la mano y que supieran que su hija era lo más importante para mí.

Nada más llegar, me quité la chaqueta y me tumbé en la cama con las manos en la nuca. Había llegado el momento de llamarla para saber qué había pasado.

No había dado ni tres tonos cuando respondió.

—Hola, mi amor —dijo serena.

—Hola, cariño.

—¿Ya estás en casa?

—Sí, acabo de llegar.

—¿Cómo estás?

—No, ¿cómo estás tú? ¿Qué ha pasado cuando me he ido? Siento si he hablado más de la cuenta, pero no me podía ir sin decirlo.

—Tranquilo.

—No me gustaría que hubiera jugado en nuestra contra.

—No te preocupes, está todo bien.

—Cuéntame, ¿qué te han dicho?

—Mi padre no ha dicho nada. En cuanto te has ido, se ha sentado a ver la televisión y poco más. Cosa rara, porque ya has visto esta noche que tiene problemas de incontinencia verbal.

—¿Y tu madre?

—A mi madre la has dejado encantada.

—¿Sí? —Sonreí aliviado—. Bueno, algo es algo.

—¿Cómo que algo es algo? ¡Es genial! —Su tono era más animado—. Dice que le has parecido muy educado, sensato y con los pies en la tierra.

—Joder, qué alegría me das. En cuanto he cerrado la puerta, me ha entrado la paranoia y he dudado de si había hecho bien o no al soltar la última parrafada.

—De verdad, que no te agobies. Fíjate que yo tengo la sensación de que mi padre no me ha dicho nada porque está reflexionando sobre lo que ha pasado en su casa esta noche.

—Yo solo espero que haya servido para algo y sientan que puedes quedarte aquí.

—Ojalá.

—¿Para cuándo está previsto el viaje?

—Este lunes que viene no, el otro.

—Joder, te juro que me dan ganas de ir a buscarte para que nos escapemos lejos de aquí esos dos meses.

—Y a mí. No harían falta explicaciones, sabrían perfectamente el motivo. Pero luego me matarían.

—Y después a mí. Seríamos como Romeo y Julieta, muriendo por amor, con la diferencia de que el veneno sería tu padre.

Nos reímos por el comentario y nos despedimos hasta el día siguiente, que sería viernes y contaríamos con todo el fin de semana para charlar y

vernos.

Me encaminé al salón y me encendí un cigarro. Tenía que dejar esta mierda que me estaba matando por dentro, pero estaba tan nervioso que lo pospondría para otro momento.

Algo me decía que a la madre de Naira le había caído bien, aunque no tanto. Me había sorprendido la descripción que había hecho de mí, pero eso era bueno, porque lo mismo ayudaba a solucionar el problema sin tener que alejar a Naira de mi lado.

Y, por otra parte, entendía que su padre se refugiara en sí mismo, ya que era su hija la que había empezado una relación con un chico que no conocía de nada. Y repito, hija única.

Tras acabarme el cigarro, fui a la habitación a ponerme el pijama, me preparé un vaso de leche caliente y, después de bebérmelo, me fui a la cama; pero antes de dormir escribí dos mensajes, uno a Hugo, diciéndole que todo bien y que al día siguiente lo llamaría, y otro a Naira, para decirle que la quería mucho y que deseaba abrazarla y sentirla a mi lado para hablar tranquilamente de lo que había ocurrido en la cena.



A la mañana siguiente, como todos los días, quedé con mis unicornias en la parada de metro y, durante el trayecto a la universidad, les conté qué tal había ido la cena. No sé cómo se lo expliqué porque las dos decían que la cosa pintaba bien, y yo, sinceramente, no lo tenía tan claro; por el contrario, no había cruzado palabra con mi padre, y mi madre solo me dijo que Gael le había parecido buen chico. De ahí a que me dejaran sola dos meses en Madrid mientras ellos se formaban en Finisterre..., no lo tenía nada claro.

Durante la última clase estuve dándole vueltas a qué tendría que hacer o pasar para que confiaran en mí y me dieran la oportunidad de demostrarles que podía valerme por mí misma. Tenía casi diecinueve años y jamás me había caracterizado por ser una macarra que iba dejando cadáveres por el camino. Al revés, era muy casera y estudiosa y me consideraba bastante responsable, pero, por lo visto, no era suficiente con que yo me diera cuenta de ello.

Nada más cruzar la puerta al salir de la facultad, los ojos se me fueron hacia un chico muy guapo que esperaba apoyado en un coche y, casualmente, era mi novio. ¡Había venido a buscarme! Bajé las escaleras lo más rápido que pude y en segundos me había lanzado a sus brazos y le había rodeado la cintura con las piernas.

—Hola, pequeña. —Me besó.

—Hola, mi niño. Jo, qué ganas tenía de abrazarte.

—Y yo, cariño.

Nos quedamos abrazados y en silencio, hasta el punto de sentir el latido del corazón del otro. Ese abrazo era el que habría necesitado la noche anterior, después de la cena, para recomponerme de tanta tensión. Pero no importaba, ahora lo sentía y, si por mí fuera, no me separaría nunca de él.

—Que os vais a ahogar tan abrazados —oímos a Noe por detrás.

Me reí y, tras desenroscar las piernas, me bajé. Gael saludó a mis amigas con dos besos y rápidamente les dijo que me raptaba, que necesitaba estar a solas conmigo.

—Espero que no os siente mal, no es nada personal —bromeó.

—Tranquilo, que tenemos la suficiente confianza contigo como para decirte lo que pensamos —vaciló Cloe.

—Luego os llamo, chicas. ¡Os quiero!

Me acerqué a la puerta del copiloto y me metí en el coche. Gael hizo lo mismo y, nada más entrar, me cogió la cara y me besó repetidas veces.

—Joder, cómo te he echado de menos —musitó—. El camino de vuelta a casa lo pasé fatal porque no sabía si había hecho bien o no al decir eso antes de marcharme.

—No le des más vueltas, lo hiciste genial; creo que removiste conciencias. —Hice un guiño.

—Ojalá.

Fuimos directos a su casa y preparamos arroz con huevos para comer, algo rápido de cocinar y que nos gustaba a los dos. Mientras lo hacíamos, comentamos la cena y cómo lo habíamos vivido cada uno. Nos reímos al recordar como mi madre *invitó* a mi padre a la cocina para leerle la cartilla y nos acordamos de la cara de mi madre al verlo nada más abrir la puerta.

—A ver, que mi madre no es ciega. Tienes muy buena planta y eso es indiscutible —dije mientras fregaba la sartén que habíamos utilizado.

Entonces Gael aprovechó la ocasión para abrazarme por detrás y besarme en el cuello.

—¿Sí? ¿Tengo buena planta? —susurró entre beso y beso.

—Sí, pero quita, que así no puedo fregar —me removí, riéndome.

—¿No? ¿Por qué? —vaciló, haciéndome cosquillas.

—¡Cosquillas, no! ¡A que te mojo!

Soltó una carcajada y siguió haciéndome cosquillas.

—Te vas a enterar —lo amenacé.

Me di la vuelta rápidamente y le puse las manos mojadas en la cara.

—¡Hostia! ¡Qué frías! —se rio, apartándose.

—Agradece que no te las haya puesto en otra parte —le señalé con el dedo.

—Vale, vale. —Alzó las manos en señal de rendición—. Pero ven, que me muero por besarte.

Y, sin más palabras, me alzó y me sentó en la encimera, se colocó entre mis piernas y me empezó a besar con fiereza.

—Se va a enfriar la comida —dije, sonriendo.

—Tranquila, que luego la calentamos —respondió, devorándome el cuello.

Me cogió y me llevó hasta la habitación, donde me tumbó en la cama.

—Eres preciosa.

—Y tú.

—¿Preciosa? ¿Yo? —se rio.

—¡Ya me has entendido! —me quejé.

—Claro que lo había hecho.

Y sin más dilaciones, se quitó la camiseta y dejó el torso al descubierto mientras me deleitaba una vez más con la mirada. Le imité y me quité el jersey, después la camiseta de manga corta y la de tirantes y me quedé en sujetador.

—Te voy a llamar cebollita mía —se rio.

—Joder, qué culpa tengo yo de ser tan friolera. —Hice pucheros.

—Tranquila, que vas a entrar en calor enseguida, de eso me encargo yo.

Y se acabaron las palabras para dejar paso a los actos. Hicimos el amor con tranquilidad, con la sensación de que teníamos todo el tiempo del mundo y el poder de pararlo cuando quisiéramos.



Pasaron unos días y nos plantamos en el jueves como si nada. La situación en torno a mi marcha seguía igual; mis padres no me habían vuelto a hablar del tema y yo estaba como una olla a presión a punto de estallar.

Por un lado, a mí me daba terror sacar el tema por si empeoraba la situación y, por otro, mis padres (que aunque tenían un semblante bastante tranquilo y empezaban a preparar maletas como si nada) tampoco entraban al trapo para ver qué iba a pasar. Visto lo visto, creo que ellos lo tenían mucho más claro que yo, y era que los tres nos íbamos a Finisterre dos meses; de ahí su silencio.

Ese día, por la tarde, estaba sola en casa porque mis padres aún no habían llegado, y aunque en principio no iba a quedar con Gael porque teníamos que estudiar, no soporté más los nervios, me puse el abrigo y salí rumbo a su estudio.

Pensé en avisarle por si no estaba en casa, pero como tenía llaves, me dije que, si no había nadie, abriría y lo esperaría allí. Tampoco quería entorpecer sus planes; necesitaba desahogarme, eso era verdad, pero podría esperar.

Justo cuando iba a llamar al telefonillo, salía una señora y aproveché la ocasión para entrar y subir directamente en el ascensor. Cuando llegué al piso, llamé al timbre y en pocos segundos Gael me abrió la puerta, con un sándwich en la mano y cara de sorpresa.

—¡Nai! ¿Ha pasado algo?

—Hola, cariño.

—Pasa, pasa.

Me adentré en el salón y me desplomé en el sofá, bastante abatida. Él rápidamente me acompañó y pasó su brazo por mi espalda.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Que estoy hecha una jodida mierda. Tengo la sensación de que ya está todo decidido y que dentro de unos días me tendré que ir.

—¿Te han dicho algo tus padres?

—No, y ese es el problema. Demasiada calma.

—Ya, no tiene que ser fácil...

—No, no lo es.

—¿Quieres que te prepare un café? ¿Un sándwich?

—¿Un cacao? —Torció el gesto y él sonrió.

—Claro, mi niña. Relájate, que ahora te lo traigo.

No habían pasado ni dos minutos cuando apareció con un cacao y unas galletas en un plato.

—Aquí tienes.

—Gracias, mi amor —musité.

—No estés triste, pequeña. ¿Quieres que hable con ellos?

—¡No! Qué dices... Entonces ya sí que nos empaquetan directamente a mí y a mis cosas.

—Joder, es que tiene que haber una solución. Algo que les haga cambiar de idea...

En ese momento mi móvil comenzó a sonar, me levanté a por el bolso y, al sacar el teléfono, vi que era mi madre. Negué con la cabeza y, soltando todo el aire que tenía dentro, respondí bastante seria.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿qué tal?

—Bien —respondí en tono seco.

—Me alegro. ¿Dónde estás? Acabo de llegar a casa y como dijiste que hoy te quedarías aquí...

—Estoy con Gael.

—Ah, bien. ¿En su casa?

—Sí. ¿Por?

—Eh..., me preguntaba si podría pasarme por allí.

—¿Cómo? —me extrañé—. ¿Por aquí? ¿Al estudio?

—Sí, allí.

Miré a Gael ojiplática, sin saber qué responder, mientras él me observaba preguntándose qué me pasaba. ¿Para qué quería mi madre venir aquí?

—Eh..., pues... —titubeé— supongo que sí.

—Genial, me cambio y voy para allá. ¿Me puedes mandar la ubicación al móvil?

—Sí, sí.

—Pues hasta ahora.

—Hasta ahora, mamá.

Y colgué. Me quedé tan pillada que no sabía ni cómo reaccionar.

—¿Qué pasa? ¿Has quedado con tu madre? —preguntó Gael.

—No exactamente. Viene para acá.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿A casa?

—Sí.

—¡No jodas! ¡Pues no he hecho la cama!

Y salió disparado hacia la habitación. Gael no era un tipo desordenado, al revés, a veces me sorprendía cómo tenía el estudio de impoluto, pero, oye, ¿quién no ha dejado la cama sin hacer en alguna ocasión?

—Pero ¿y te ha dicho qué quiere? —preguntó nervioso mientras estiraba las sábanas.

—No, no me ha dicho nada.

—Bueno, pues a ver qué tal... Tú estate tranquila.

—Sí, claro, tranquilísima —ironicé.

—Nai —se acercó a mí despacio para abrazarme—, como no sabemos a lo que viene, vamos a intentar no agobiarnos, ¿vale?

—Reconoce que no es nada normal que mi madre quiera venir aquí.

—Sí, tienes razón, pero no tenemos por qué ponernos en lo peor, así que ven, vamos al salón y la esperamos allí.



GAEL

El que su madre hubiera llamado para presentarse en el estudio me había preocupado bastante, pero tenía que intentar que Nai estuviera tranquila o le terminaría dando algo de tantos nervios. La verdad es que me hubiera gustado que la casa hubiera estado más recogida, pero no me dio para más.

A los quince o veinte minutos llamaron al telefonillo. Reconocí la voz de su madre al otro lado y abrí el portal, pero lo que no me esperaba era encontrarme en la puerta también a su padre. Joder, fue como si me echaran un jarrón de agua fría por la cabeza, pero intenté mantener la sonrisa, que se me había congelado al verlo, y los saludé invitándolos a pasar.

—¿Papá? —escuché a Naira detrás de mí.

—Hola, hija —respondió en tono quedo.

—Pero no os quedéis de pie, sentaos —les ofrecí.

Madre mía, esto no tenía muy buena pinta; a mí me daba la sensación de que querían inspeccionar el sitio donde su hija pasaba últimamente más tiempo.

—¿Quieren que les enseñe el estudio? No tiene mucho que ver, pero...

—Claro —interrumpió su madre con una sonrisa—. Está muy bien decorado. Felicidades.

—Bueno, su hija tiene mucho que ver en ello —respondí, orgulloso.

Les mostré la habitación, el baño y la cocina y volvimos al salón para sentarnos.

—¿Les pongo algo de beber? ¿Un café? ¿Una cerveza?

—Una cerveza para mí —dijo su padre.

—Un café estará bien, gracias —pidió su madre.

—Nai, ¿tú quieres algo?

Pobre, me miraba con una carita de cordero a punto de llevarlo al matadero que me dieron ganas de correr hacia ella y abrazarla fuerte, pero le sonreí, le guiñé un ojo y me respondió de la misma manera.

Mientras estaba en la cocina, no se oía ninguna voz desde el salón; o estaban callados o hablaban muy bajito. Saqué dos cervezas y el café en una bandeja y la puse sobre la mesa baja. Los tres estaban sentados en el sofá y yo cogí una silla y la coloqué a su lado.

—Os preguntaréis qué hacemos aquí —dijo la madre de Naira mientras removía el café.

—Pues sí —respondió su hija enseguida.

—A ver. —Cogió aire—. El otro día, Gael, cuando viniste a cenar, hablamos después entre nosotros y le comenté —señaló a su marido— que, bueno, que parecías buen chico.

—Gracias —respondí.

Se expresaba con nerviosismo; se notaba que aquí estaba fuera de su zona de confort y le costaba hablar, no como el otro día.

—Y antes de irte dijiste unas palabras que nos hicieron recapacitar.

«Mierda, —pensé—, sabía yo que tenía que haberme mantenido calladito.»

—Nai —se dirigió a ella—, me cuesta enormemente decirte esto, porque a qué madre le sería fácil —musitó—. Hemos estado hablando tu padre y yo durante estos días y, aunque ha habido de todo, tengo que reconocerlo, y después de varios pros y contras que hemos valorado, hemos decidido, no sin mucho miedo, que, si quieres, puedes quedarte en casa estos dos meses.

Los dos abrimos los ojos como platos y a mí prácticamente se me paró el corazón. Miré a Naira rápidamente y se había cubierto la boca con las manos; después desvié la mirada a su padre, que la observaba atento y con un atisbo de tristeza. Yo me mantuve quieto, esperando la reacción de Nai.

—Pero... —y se volvió como una exhalación a dar un abrazo a su madre—, pero ¿y eso?

Las dos se pusieron a llorar y yo estaba tan nervioso que no sabía ni cómo actuar, porque también me habría lanzado a abrazarlas, primero a la hija y luego a la madre.

Nada más separarse, se levantó a hacer lo mismo con su padre, que, aunque quería hacerse el duro, tenía los ojos humedecidos de la emoción.

—Gracias, gracias, gracias —repetía Nai.

Tras la efusividad del momento, su madre continuó hablando.

—A ver —se enjugó las lágrimas—, cariño, tú sabes que, cuando me quedé embarazada, tuve problemas con mis padres y me fui a vivir con papá. Yo tenía tu edad —le cogió la mano— y, tras darle muchas vueltas, pensé que si yo me fui con tu padre con dieciocho años, por qué tú no podías. Sé que aunque te diga que te quedes en casa estarás aquí todos los días, y por eso queríamos venir a conocer el sitio donde pasarás la mayor parte de tu tiempo. Y estoy gratamente sorprendida porque me gusta mucho. Queremos que nos demuestres que podemos confiar en ti, que no nos equivocamos en la decisión que hemos tomado y que esperamos no arrepentirnos.

—No os defraudaré —dijo ella, entusiasmada.

—Eso espero —dijo su padre.

—Gracias, papá. No sé por qué me da que para ti la decisión de que me quede te habrá costado más —alzó las cejas—, pero prometo hacerlo bien. De verdad.

—Cuídamela —me pidió.

—No se preocupe.

—No querría hacerme más de siete horas de viaje para venir a hablar contigo.

—Tranquilo —respondí.

—Pero yo sé cuidar de mí misma, papá, por eso no te agobies. —Y él medio sonrió.

—Bueno, de ahí que estemos aquí. También queríamos que Gael escuchara la decisión tomada porque el otro día nos demostró que te quiere mucho y que no quiere que sufras.

—Yo se lo agradezco. Mi estudio está abierto para ustedes cuando quieran.

—Gracias a ti, Gael.

Naira estaba que se le salían los ojos de las órbitas de la emoción, y es que era normal. ¡Se quedaba! ¡Dos meses para estar juntos día y noche! No me

lo podía creer, aún no lo había asimilado. Menos mal que pensaba que la visita de sus padres pintaba mal, que si no... Para adivino no valgo.

Sus padres la invitaron sutilmente a irse con ellos a casa, y las noticias habían sido tan rematadamente buenas que lo mejor era no estropearlo. Así que ella se despidió de mí con un beso en la mejilla y con un «cuando llegue te escribo» que me hizo sentir en las nubes al imaginarme que la semana siguiente no tendríamos que despedirnos ningún día.



Evidentemente esto tenía que tener una celebración en condiciones, y las unicornias y nuestras respectivas parejas quedamos el sábado en ir a cenar y después terminar en una discoteca.

No había visto a Gael desde la noche anterior, tras la gran noticia que nos dieron mis padres, y me moría por abrazarlo y besarlo para celebrar que todo se había resuelto bien, sin que tuviéramos que separarnos, y eso era lo mejor que me podía pasar en la vida.

En casa hablé con más calma con mis padres, quienes pusieron unas cuantas normas que tenía que respetar, y me dijeron que vendrían cada quince días a verme. Era un sueño hecho realidad, poder pasar todo el tiempo del mundo con Gael, sin toques de queda, sin prisas. Era increíble.

Gael vendría a buscarme a casa antes y cenaríamos todos no muy lejos de ella. Para la ocasión elegimos un restaurante japonés (no podía ser de otra manera).

Me preparé nerviosa; deseaba que pasara el tiempo para volver a ver a mi chico y celebrar que estaríamos juntos. A él debió de pasarle lo mismo porque llegó veinte minutos antes, y yo, como estaba igual que él, ya estaba arreglada. No lo invité a subir a saludar a mis padres porque tenía muchísimas ganas de verlo a solas.

Cuando llegué al portal y me vio, se le iluminó la cara con una sonrisa y me recibió en la calle con un abrazo tan fuerte que consiguió levantarme del suelo. Y es que yo me sentía así, como levitando.

—Te quiero, te quiero, te quiero —me repetía Gael mientras girábamos sobre nosotros mismos.

—¡Y yo! —me reía.

Me bajó y, cuando esuvimos uno frente al otro, me besó, primero con dulzura y luego con pasión.

—No me puedo creer que vayamos a vivir juntos —dijo.

—Ni yo. Es increíble, ¿verdad?

—Te juro que tengo la sensación de estar soñando.

—Pues espera que te pellizque, porque no lo estás.

—Nai —hizo una pausa mientras me sostenía la mirada—, quiero que sepas que soy el chico más feliz del mundo, y gracias a ti. Por fin estudio lo que siempre había soñado, has conseguido que mis padres respeten lo que quiero, trabajo con mi mejor amigo y voy a vivir con la chica que más quiero. No se puede pedir más.

—Lo estás consiguiendo tú solito —dije, juntando su nariz con la mía.

—No es cierto. Desde que apareciste en mi vida todo cambió y para bien. No te quites méritos, Nai, porque son todos tuyos. Yo solo seguí tus consejos.

—Vamos a ser muy felices en tu estudio, ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Pues entonces vamos a celebrarlo por todo lo alto.

Nos dirigimos paseando hasta el restaurante donde habíamos quedado con el resto, cogidos de la mano y disfrutando de la felicidad que en ese momento nos envolvía.

Mis amigas, que ya estaban allí, me recibieron con un abrazo tan lleno de emoción que casi se me saltan las lágrimas.

—¡Que te quedas, nena! —gritó Noe.

—Las tres unicornias inseparables —apuntó Cloe.

—¡Sí! ¡Lo hemos conseguido! —respondí en el mismo tono.

—No te imaginas lo contentos que estamos de que no te vayas. —Hugo me abrazó—. Felicidades, preciosa.

—Gracias, mi niño. Yo también me alegro de que me hayan dejado; ya me veía en Finisterre, maleta en mano.

—Felicidades —me dijo Marco.

—¡Gracias! ¡Estoy tan contenta!

—Y Gael más, ¡no sé por qué me da! —bromeó Hugo.

Me volví a mirar a mi novio y estaba sonriendo con picardía. ¡Madre mía, cómo me ponía con ese gesto! Se acercó a mí, me atrajo hacia él y me besó la sien mientras todos nos miraban sonriendo.

—Qué cabrón eres —bromeó, chocando el puño con Hugo.

Comimos fenomenal en aquel restaurante. Durante la cena, les explicamos que habíamos elegido un japonés porque había sido el tipo de comida que probamos en nuestra primera cita en casa de sus padres. Hubo bromas de todo

tipo, pero aguantamos el chaparrón con respuestas ingeniosas que nos hicieron reír a todos.

Después nos fuimos a la discoteca donde Gael y yo nos habíamos conocido. Estaba a tope cuando llegamos, pero eso no fue ningún inconveniente para que disfrutáramos de ella.

Nos tomamos un chupito llamado «el bombero», el mismo que nos puso Hugo a nosotras en la fiesta que ellos prepararon para después de la selectividad.

Estaba claro que estaba siendo una noche de recuerdos, de volver la vista atrás y darnos cuenta de todo lo que habíamos vivido juntos. Y es que esos chicos que se habían cruzado en nuestras vidas lo habían hecho en el momento justo y en la situación adecuada.

Durante la noche brindamos y bailamos, y Gael y yo nos acercamos a la oficina donde todo comenzó un día de verano, cuando una chica con muchas ganas de ir al baño decidió colarse allí sin permiso y un chico muy enfadado se lo reprochó. Y aquí estábamos, más de seis meses después, celebrando que nos íbamos a vivir juntos; increíble, ¿verdad?

De fondo comenzó a sonar *Perfecta*, de Ed Sheeran. Gael se acercó a mí con paso lento y sonrisa arrebatadora, me abrazó por la cintura y comenzamos a bailar juntos. Le envolví la nuca con los brazos y lo miré con intensidad, tratando de ver más allá de sus ojos, y lo que encontré no me decepcionó. Vi amor, vi sueños compartidos, vi sinceridad y vi un futuro juntos.

Me sostuvo la mirada y solo con el movimiento de sus labios leí un «te quiero», que esa noche tenía todavía más sentido que otras veces. Nos dejamos mecer por la canción y el mundo desapareció para nosotros; estábamos únicamente él y yo, llevados por la melodía y sintiendo nuestros corazones latir al unísono, y eso solo se consigue con alguien que siente lo mismo que tú.

Cuando la canción terminó no queríamos separarnos; sentimos una conexión tan extrema que era como si la inercia nos atrajera el uno al otro y nos impidiera poner distancia.

La magia acababa de explotar delante de nosotros y los dos nos habíamos dado cuenta. Nos besamos con suavidad y dulzura, dejando que nuestras lenguas nos exploraran sin prisa, sabiendo que teníamos todo el tiempo del mundo para saborearnos y sentirnos.

Esa sensación no estaba pagada con todo el oro del mundo. Jamás olvidaré esa noche, porque me di cuenta realmente de que quería a ese chico

por encima de todas las cosas y sabía que quería pasar el resto de mi vida con él.



Llegó el lunes y la consecuente marcha de mis padres. El domingo lo pasé entero con ellos, que estaban nerviosos y expectantes por el rumbo que tomaban nuestras vidas.

La noche anterior a su marcha nos quedamos hasta tarde los tres en el salón, recordando anécdotas de cuando era pequeña, de cuando empezaron a salir, y surgió el tema de mis abuelos maternos. Mi madre tuvo momentos de flojera, pero era normal; no sabía nada de sus padres desde hacía dieciocho años y eso tenía que haber sido muy duro.

Volví a agradecerles que me dejaran quedarme, les prometí de todas las formas posibles que haría bien las cosas y que no me afectaría a los estudios. Y mi padre contraatacó con que tuviera cuidado con no quedarme embarazada, y lo dijo así, sin paños calientes, como era él, directo al grano. Me puse colorada por su sinceridad, pero también lo agradecí; me gustaba que fuera tan claro.

Por la mañana nos levantamos temprano. Saldrían de Madrid sobre las nueve; ese día llegaría tarde a la facultad porque quería estar con ellos hasta que se marcharan. No se habían ido y ya los echaba de menos, ¡lo que es la vida!, pero es que se me iban mis dos mayores apoyos: la cercanía y empatía de mi madre y la sinceridad y realidad de mi padre. No me imaginaba el día a día sin ellos, pero la vida a veces toma esos derroteros y, si era para bien, lo superaríamos.

Bajamos al portal cargados de maletas y bolsas y, cuando mi padre terminó de colocar las cosas de manera estratégica para que todo cupiera en el maletero, mi madre se puso frente a mí y me tendió un sobre.

—Esto es para ti. Arriba ya sabes que hay dinero y te haremos transferencias, pero esto es solo para ti, ¿vale? —Se le humedecieron los ojos.

—Mamá, no llores —dije con un nudo en la garganta.

—Te quiero, Nai. —Y se rompió.

Pero el problema no fue que ella no aguantara el llanto, sino que yo tampoco pude hacerlo y nos abrazamos sin poder parar.

—A ver, a ver —se acercó mi padre—, que nos vemos en quince días.

Se abrazó a nosotras y, aunque intentara disimularlo y hacerse el fuerte, sabía que alguna lagrimilla se le había escapado, pero no se lo dije.

Cuando se montaron en el coche me sentí como vacía; qué ironías, ¿verdad? Aunque unos días antes estaba enfadada y de los nervios porque me iban a llevar con ellos, al oír ahora el rugir del motor del coche me daban ganas de agarrarme a la pierna de mi madre, como hacía cuando era pequeña, para que no se fuera. Qué contradicción.

Ella me lanzó un beso desde la ventanilla y lo recogí como si la vida me fuera en ello. Me lo pegué simbólicamente en la mejilla para después regalarle otro a ella y lanzárselo con un soplido.

El coche comenzó a moverse y con él toda mi vida. Jamás me había separado de ellos más de una semana, pero era diferente, porque la que se iba siempre era yo, no ellos. Ahora yo me quedaba en casa mientras ellos partían a más de seiscientos kilómetros de distancia.

Giraron en una curva, dejé de verlos y me entró una congoja tal que me tuve que subir a casa a llorar tranquila y a sacar todo lo que llevaba dentro. Me imaginaba que iba a ser más fácil, pero no; además, no sé en qué momento llegué a pensar que lo sería, porque separarse de los padres no creía que fuera algo sencillo para nadie. Lo que pasó es que me pudo la emoción de convivir con Gael y me olvidé de lo demás.



GAEL

La primera noche que pasamos juntos en nuestra casa tenía que ser especial, eso lo tenía clarísimo, así que le dije a Nai que tenía trabajo con Hugo por la tarde y que no llegaría al estudio hasta las ocho. Ella me dijo que sin problema, que se iría a su casa después de la universidad, se echaría la siesta y después prepararía una maleta con algunas cosas para traerse.

Lo cierto era que quería prepararle una cena especial de bienvenida y me aseguré de que no llegaría hasta las ocho gracias a sus amigas, que le harían una visita sorpresa y la entretendrían hasta esa hora. ¡Qué haría yo sin ellas!

Preparé algo sencillo de cenar, pero dentro de un ambiente cuidado; intenté darle la mejor bienvenida que estuviera en mi mano. La mesa, con un mantel blanco y la vajilla del mismo color, pétalos de rosas, velas y, por supuesto, un buen vino.

A las ocho menos diez estaba de los nervios. Me paseaba por el salón y miraba por la ventana a ver si la veía llegar, y cinco minutos antes de la hora la vi aparecer. Se acercaba al portal con gesto tranquilo y una mochila a la espalda.

Me senté en una de las sillas donde cenaríamos y esperé, jugueteando con las manos de lo nervioso que estaba.

Oí el ascensor; ya estaba aquí. A continuación, el sonido de la llave entrando en la cerradura. Era el momento; le di al *play* en el DVD y de fondo empezó a sonar *More than words*.

La puerta se empezó a abrir —creía que el corazón se me iba a salir por la boca— y a los pocos segundos vi asomar su carita. ¡Joder, qué bonita era! Se le cambió el gesto al ver lo que había preparado, se puso las manos en la boca, sorprendida, y cerró despacio tras de sí.

—Pero... ¿y esto? —dijo, con una carita de asombro que me la hubiera comido a besos.

—Bienvenida a tu casa.

Me levanté despacio, fui hacia ella y, cuando la tuve frente a mí, le cogí la cara y la besé despacio pero con deleite. Después le quité la mochila, la dejé en el suelo y la cogí de la mano para acompañarla a la mesa.

—Esta canción... —dijo confusa.

—Es nuestra canción —respondí, satisfecho de que la hubiera reconocido.

Westlife puso la banda sonora a su entrada; uno de sus temas fue el que bailamos juntos el día de la celebración de su cumpleaños, donde comenzó algo que ojalá dure para siempre. Me vinieron recuerdos de ese baile y noté cosquillas en el estómago; fue tan íntimo, tan sincero...

Se quitó el abrigo nada más sentarse, lo coloqué en el sofá y, tras besarla de nuevo, me dirigí a la cocina a traer la cena.

Quería preparar algo que tuviera algún significado en nuestra relación y, aunque la comida japonesa lo había sido con diferencia, la italiana nos unió, cuando coincidimos en el restaurante y nos tomamos algo juntos a solas la primera vez, en el bar de enfrente de su casa. Quería que fuera una cena llena de significados para nosotros.

Tras poner la cena sobre la mesa, abrí el vino y lo serví en las copas; después levanté la mía para brindar. Ella repitió mi gesto, aún con cara de asombro, y esperó a que hablara.

—Bueno, cariño, como verás, esta tarde no tenía trabajo con Hugo —sonrió—, pero quería darte la mejor bienvenida que estuviera en mi mano. No sé si lo he conseguido, pero espero que sientas que todo lo mío es tuyo y que este estudio también lo es. Nunca he sido muy expresivo en mis sentimientos, es más, me consideraba bastante hermético, pero, desde que estás en mi vida, siento la necesidad de expresarte a cada segundo todo lo que te quiero, y a veces pienso que me quedo corto. —Hice una pausa—. Nai, eres sin dudar lo mejor que me ha pasado en la vida; me has hecho mejor persona, has conseguido que luche por mis sueños y contigo siento que todo es posible. Cuando naces en un entorno donde no te falta de nada y lo que pides lo tienes al momento, te crees el mejor del mundo y que lo tienes todo, pero qué

equivocado estaba. Me faltaba cariño, me faltaba alguien que me hiciera ver que la vida era mucho más que tener dinero: sentirme arropado, valorado... y eso lo he visto en tu familia; ojalá la mía hubiera sido así. Por eso brindo por ti, por aparecer en mi vida y por hacerme sentir qué es el amor. Ahora me he dado cuenta de que jamás había estado enamorado de nadie hasta que te conocí. Te quiero.

Acerqué mi copa a la suya para hacerlas sonar.

—Yo... no sé qué decir —respondió con los ojos empañados.

—No digas nada y elígeme eternamente.

Bebimos sin dejar de mirarnos y, cuando ella posó la copa en la mesa, se levantó y vino hacia mí. Me moví para dejarle hueco y que se sentara sobre mis piernas; luego sentí que me abrazaba con fuerza y escuché su respiración entrecortada.

—Ey..., pequeña... —le susurré al oído—, ¿estás llorando? —Le acaricié la nuca.

—Sí, pero tranquilo, es de felicidad.

Me separé para poder mirarla a los ojos y le besé la punta de la nariz, lo que provocó una sonrisa en su rostro.

—Venga, vamos a cenar —dije, repitiendo el gesto, pero esta vez en la boca—, que si no te llevo directa a la habitación.

Volvió a reírse y se levantó para regresar a su sitio.

Cenamos muy relajados, evocando anécdotas y situaciones que habíamos vivido juntos. Nos reímos un montón, sobre todo al recordar la manera en que nos habíamos conocido.

De postre, puse un *coulant* de chocolate que había comprado —evidentemente, hacerlo yo habría sido para nota— y, para terminar, saqué una botella de champán de la misma marca que bebimos el día de nuestra primera cita en casa de mis padres.

—¡Hala! ¡El champán azul! —se rio—. Sigo pensando que parece un enjuague bucal.

—Pues brindemos con el enjuague —bromeé.

—Has pensado en todo —dijo, algo más seria.

—Bueno, lo he intentado —respondí, algo tímido—. Espero que te haya gustado.

—¡Me ha encantado! Has pensado en todos los detalles: la cena, la música, la bebida, el brindis... Está siendo todo perfecto. Pero ¿sabes lo mejor de todo, sin desmerecer el resto?

—Sorpréndeme.

—Tú. Sin ti nada de esto tendría sentido.

Y, sin darnos cuenta, habíamos terminado de bebernos el champán entre muchos besos y una animada conversación.



La semana pasó rapidísimo. Hablé con mis padres todos los días (incluso algunos dos veces) y me contaron que estaban adaptándose a la zona, pero que habían conocido a otra pareja que estaba en su misma situación y que habían entablado buena relación con ellos. Me alegré mucho, porque salían a cenar alguna vez con ellos, habían ido al cine el día anterior y sentí que, por una vez, estaban disfrutando de lo que no habían podido hacer antes.

Era viernes y habíamos quedado todos a tomar algo en el bar de enfrente de casa de mis padres. Se había convertido en un lugar de encuentro entre nosotros cuando nos apetecía tomarnos algo tranquilos, sin el bullicio de un local lleno de gente, con mucho ruido y poca luz.

La verdad es que nos reímos mogollón y pasamos una velada genial, pero a mí me empezó a doler la cabeza y Gael y yo nos retiramos los primeros.

Quedé con mis amigas en que al día siguiente las llamaba y haríamos planes de chicas para el sábado si les apetecía, y ellas aceptaron la propuesta con bastante predisposición.

Cuando llegamos a casa, me quité los tacones y me tumbé en el sofá, me puse el brazo sobre los ojos y noté como Gael me tapaba con una manta.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—Un paracetamol o algo que me quite el dolor de cabeza —musité sin moverme.

Me trajo la pastilla con un vaso de agua y me incorporé para tomármela, mientras él se sentaba a mis pies y los colocaba sobre sus rodillas.

—¿Te apetece un masaje?

—Claro, nunca digo que no a que me toquen los pies.

Intuí su sonrisa y sentí como comenzaba a darme el masaje en silencio. De repente, y tampoco supe muy bien por qué, me vinieron a la cabeza mis padres. Los echaba muchísimo de menos, aunque el siguiente fin de semana los vería de nuevo, pero sentí que los necesitaba más de lo que me hubiera imaginado.

Al recordarlos, una lágrima resbaló por mi mejilla sin permiso y Gael no lo pasó por alto.

—Nai, ¿qué pasa?

—Nada.

—Ya, ya me conozco yo tus nada.

—De verdad, estoy bien.

—Y por eso lloras, ¿porque estás bien?

—No es nada.

Nos quedamos en silencio, pero otra lágrima brotó y Gael contraatacó.

—Nai, ¿quieres hablar?

—No lo sé.

—A ver, ven.

Se acercó a mí para incorporarme y darme un abrazo.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—Echo de menos a mis padres.

Gael sonrió con pena.

—Es normal, cariño. No te sientas mal por estar así.

—Es que llevo unos días dándole muchas vueltas a algo...

—¿Qué ocurre?

Tragué saliva y, tras coger aire y exhalarlo con la mirada gacha, la alcé y comencé a hablar sobre algo que hacía un par de días que me rondaba la cabeza.

—Es que..., a ver, ellos han confiado en mí plenamente y han dejado que me quedara mientras se marchaban dos meses fuera, y yo... —hice una pausa—, yo no he sido sincera con ellos.

Gael me miró extrañado.

—No entiendo.

—Que tengo una espinita aquí. —Me señalé el corazón.

Al ver que el gesto de Gael expresaba desconcierto, decidí ser más explícita.

—Me siento culpable por no haberles contado lo que me ocurrió con Mora.

Bombazo, ahora sí que me había entendido. Frunció el ceño y alzó las cejas, suspiró y me cogió las manos.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba. —Me miró en silencio, como buscando las palabras adecuadas—. A ver, Nai —se tocó la frente—, hagas lo

que hagas estará bien hecho. Perdona que me haya quedado tan parado, es que ha sido oír su nombre y se me ha revuelto todo.

—Y a mí.

—¿Estás segura de que quieres contárselo?

—Ese es el problema, que no lo sé.

—¿Tú cómo te vas a sentir mejor?

—Creo que se lo debo.

—Pues ya te has respondido.

Me abrazó con fuerza, gesto suficiente para que yo rompiera a llorar sobre su hombro y descargara parte de la culpa que sentía por no haberles contado nada.



Comenté el tema al día siguiente también con mis unicornias y me aconsejaron lo mismo que Gael, que hiciera caso a mi corazón y que estaban conmigo en todo.

Así que llegó el día en que mis padres venían a pasar el fin de semana, después de quince días sin vernos. Quedamos para cenar los cuatro en el restaurante italiano que estaba cerca de casa y nos estuvieron contando lo bien que lo estaban pasando allí, todo lo que estaban aprendiendo y que estaban deseando volver para empezar en sus nuevos puestos.

Tenía pensando contárselo ese fin de semana, pero no me pareció justo soltarles la bomba y que tuvieran que marcharse de nuevo con toda la congoja de dejarme aquí *sola* con el temor de que ese cabrón volviera a aparecer y me hiciera algo.

Así que me lo tragué y, haciendo de tripas corazón, opté por esperar a que acabaran la formación. Prefería estar yo mal a que ellos sufrieran por no estar conmigo.

Y de esa manera fueron pasando los días, hasta que se cumplieron los dos meses. Habían sido los mejores de mi vida en cuanto a la convivencia con Gael. ¿Cómo iba ahora a pasar las noches en mi casa después de lo que había vivido con él?

Nos habíamos planteado hablar con mis padres para decirles si me podía quedar oficialmente a vivir con él. Gael y yo lo habíamos hablado mucho en los últimos días. Queríamos seguir compartiendo casa; esos dos meses habían sido maravillosos y yo había cumplido las normas de mis padres, sobre todo (y la más importante para ellos) no haberme quedado embarazada.

Era un domingo de abril cuando mis padres llegaron a casa de nuevo, tras sesenta días fuera. Mi madre venía como rejuvenecida; estaba claro que le había sentado fenomenal pasar más tiempo a solas con mi padre, disfrutando de su matrimonio y celebrando, de alguna manera, esa luna de miel que nunca tuvieron.

Mi padre también venía cambiado; sobre todo se le notaba relajado, suponía que por los mismo motivos que mi madre.

Y yo tan contenta de que les hubiera sentado tan bien. Empezaba una nueva etapa para ellos y la comenzarían juntos.

El domingo por la noche les propuse cenar juntos en casa unas pizzas, únicamente los tres. Se lo debía. Yo estaba muerta de miedo por cómo reaccionarían ante lo que tenía que contarles. Lo que sí sabía es que no quería hacerles daño; intentaría contárselo sin dar muchos detalles, pero algo que iba a formar parte de mi vida y me había condicionado tanto (y pensaba que seguiría haciéndolo de algún modo u otro) merecían saberlo.

Pusimos la mesa mientras las pizzas se hacían en el horno y, en ese momento, mi móvil comenzó a sonar. Fui a la habitación a por él, leí en la pantalla el nombre de mi novio y sonreí.

—Hola, pequeño.

—Hola, mi vida, ¿cómo estás?

—Muy nerviosa.

—Tranquila, cariño, lo vas a hacer muy bien.

—No lo sé...

—Estoy convencido de que sí. No te quiero entretener, solo te llamaba para mandarte toda la fuerza del mundo y que sepas que estoy contigo, en esto y en todo, ¿vale?

—Vale.

—Eres más fuerte de lo que piensas, Nai.

—No lo sé... Ahora mismo creo que me voy a desmayar.

—Son los nervios, pequeña. Te quiero.

—Y yo.

—Luego hablamos.

—Sí, te llamo después.

—Y si no te apetece hablar, no pasa nada, me mandas un mensaje y ya está.

—Vale, un besazo.

—Otro para ti.

Y colgué. Me miré en el espejo de mi habitación, cogí aire y, antes de salir al salón, recibí un mensaje que rezaba: «Te queremos; ánimo, nena, puedes con todo esto y más». Eran mis unicornias, que, como siempre, no me habían dejado sola.

Ahora sí. Salí al comedor y allí estaban los dos sentados, mi padre sirviendo la bebida y mi madre cortando la pizza. Había llegado el momento de tener con ellos la conversación más difícil de mi vida.

—Ya estoy aquí.

—Cariño, no tienes buena cara —dijo mi madre.

—Bueno, me duele un poco la cabeza —mentí.

—Pues ven, siéntate y come algo, verás qué bien te sienta.

Me senté junto a ellos, apagué la tele y, mirándolos a los ojos, dije:

—Papá, mamá, tengo algo que contaros.

EPÍLOGO

Cuatro años después

La mañana había amanecido con el cielo totalmente despejado. Era el catorce de junio y llevábamos toda la semana pendientes de si haría buen día o no, porque una tormenta había descargado su furia en Madrid una semana antes.

—Vamos, cariño, levanta, que al final se nos hace tarde —insistí a Gael, que seguía tumbado en la cama con los ojos cerrados.

—Mmmm —respondió perezoso.

Me coloqué a su lado y le acaricié la mejilla con suavidad.

—Venga, dormilón —susurré—, no te hagas el remolón o tendré que hacerte cosquillas.

Sonrió aún con los ojos cerrados y se dio la vuelta con pereza hasta quedar frente a mí. Los abrió y entrecerró de nuevo por efecto de la luz y se acurrucó mientras escondía su cara en mi cuello.

—Buenos días, cariño —le oí decir.

—Buenos días, mi amor, ¿qué tal has dormido?

—Fenomenal... ¿En serio tenemos que levantarnos ya?

—Síííí, no quiero llegar tarde. Así que levántate, que te voy preparando el desayuno mientras te duchas.

—Valeeee.

Le preparé un café cargadito para que se despertara del todo y yo fui a la habitación a sacar la ropa que nos íbamos a poner y tenderla sobre la cama.

Me pareció raro que mis unicornias no me hubieran escrito todavía, así que fui de nuevo al salón a por mi teléfono, que se estaba cargando sobre la mesa. Pero ¿cómo iba a recibir mensajes si lo tenía apagado? La noche anterior se me había quedado sin batería y, al ponerlo a cargar, se me había olvidado encenderlo.

Estaba poniéndolo en marcha cuando sentí como Gael me rodeaba con sus brazos por la espalda, con solo la toalla anudada a la cintura.

—Mmm, qué bien hueles —le dije.

—Mejor sabré...

—Estás fresquito.

—Es lo que tiene acabar de salir de la ducha. —Me besó el cuello.

—Te he dejado el café preparado en la cocina. Yo voy a empezar a prepararme.

Me di la vuelta y le besé en la nariz.

—No tardes —le advertí con una sonrisa.

Cuando el teléfono cogió señal empezaron a saltarme mensajes. Aquí estaban mis unicornias, nuestro grupo estaba que echaba humo. Un montón de mensajes en plan: «¿A qué hora llegaréis? ¿Dónde quedamos? Nos veíamos allí, ¿verdad?». Y muchos más cargados de nerviosismo. Y no era para menos, era un gran día.

Para la ocasión elegimos un vestido largo azul celeste, muy vaporoso, con escote en forma de V, tanto en el pecho como en la espalda, bastante más pronunciado en la parte de atrás. Un cinturón de seda muy fino marcaba la cintura y un chal de la misma tela cubriría mi cuello. Me había comprado unas sandalias color crema a juego con el bolso y hacía unos días había ido a la peluquería a cortarme un poco las puntas y darme un tinte vegetal que diera más brillo a mi pelo.

Gael llevaría un traje de chaqueta negro con corbata del mismo color y camisa blanca.

Nos preparamos y nos dirigimos adonde tendría lugar la celebración. No estaba muy lejos del estudio, pero lo suficiente como para tener que ir en coche.

—¿Has cogido la invitación? —dije de repente, cuando me acordé.

—Sí, tranquila —respondió, poniendo la mano en mi rodilla—. La llevo en el bolsillo.

—Jo, es que estoy atacada.

—Ya lo veo —sonrió.

—Es que estoy muy ilusionada con esta boda. Quién lo iba a decir..., ¡la madre de Noe se casa con su novia! —dije emocionada.

Gael se contagió de mi alegría y también se rio con ganas.

—¡Nos vamos de boda! —animó.

Fue una noticia que no nos pilló por sorpresa. Ana y Fabiola compartían piso desde hacía dos años, la relación iba viento en popa y Noe terminó por aceptar la nueva condición sexual de su madre, porque, según me contó, era

evidente que así era feliz. Ella quería lo mejor para su madre y, si eso pasaba por que ella viviera con una mujer, estaría bien hecho.

Llegamos al Ayuntamiento media hora antes de la que figuraba en la invitación, pero no porque hubiéramos sido tempraneros, sino porque Noe nos había citado allí a Cloe y a mí a esa hora, y no estaban las cosas como para llevarle la contraria.

Entramos en la sala donde se celebraría la boda y vi a Noe corriendo de un lado a otro, colocando las flores en la mesa presidencial y comprobando que todo estaba perfecto para su madre.

—¡Ey! —la llamé.

Noe levantó la vista y, nada más verme, corrió hacia mí.

—¡Nena! ¡Por fin has venido! —dijo apurada, dándome un abrazo.

—Tranquila, ¿qué te pasa?

—Joder, que quiero que todo salga bien y me va a dar algo.

—Pues ya puedes ir relajándote, que en tu estado es mejor no alterarse.

—¡Pero si solo estoy de cuatro meses!

—Me da igual, a ver si voy a tener que atarte a una silla para que te estés quieta —la amenacé.

—No la subestimes, que te lo hace —respondió Gael detrás de mí.

—Hola, Gael, que no te he dicho nada, es que...

—Lo sé, estás de los nervios —sonrió.

—Oye, pues tanto que te quejabas, el vestido te queda fenomenal —la animé.

—¿Fenomenal? ¿Pero tú me has visto? ¡No tengo cintura! ¡Y mira qué tripa!

—Cariño, estás embarazada; si no tuvieras tripa me preocuparía —añadió Marco, que justo entraba en ese momento—. Naira, por favor, relájamela, que no sé cómo va a acabar. —Me guiñó un ojo.

—Tú tranquilo, que de eso me encargo yo.

Noe y Marco iban a ser padres, pero esta vez buscado. No fue un susto, al revés, fue un regalo. Ambos eran muy niños y llevaban tiempo pensando en tener uno, así que se pusieron manos a la obra y, en pocos meses, nos estaban dando la buena nueva. Marco tenía un puesto importante en su empresa y no tenían problemas económicos para enfrentarse a la manutención de un bebé; en ese sentido, lo tenían un poco más fácil que nosotros, pero Gael y yo, cuando llegara el momento, también queríamos ser padres.

La madre de Marco terminó el tratamiento y, aunque se quedó algo débil, le hacían revisiones periódicas y de momento la enfermedad estaba controlada. Además, desde que se enteró que iba a ser abuela, decía que se encontraba mucho mejor, más animada, y tejía mantitas para el bebé (no se sabía si niño o niña), que, en principio, nacería para el mes de noviembre.

—¿Cloe no ha llegado aún? —preguntó Noe.

Miramos a nuestro alrededor y ni rastro de ella, hasta que vimos como el coche de Hugo aparecía dando la vuelta a la esquina, directo a aparcar en el sitio que estaba dejando otro coche.

Cloe hizo una entrada espectacular. Estaba preciosa; había cogido un poco de peso y estaba estupenda. Había tenido una pequeña recaída hacía un par de años que la dejó muy delgada, pero estaba siendo toda una campeona y lo llevaba fenomenal. Su familia y Hugo estaban siendo un verdadero pilar en su vida y se reflejaba en su aspecto.

Sus padres seguían juntos y su hermano Adrián ya era todo un adolescente que me recordaba mucho a nosotras en tantas cosas, como que le cubriéramos de vez en cuando en sus salidas nocturnas. Seguían llevándose como el perro y el gato, pero ¿qué hermanos no discuten?

Hugo y Gael habían terminado asociándose de nuevo. Realizaban su trabajo en una pequeña oficina que habían alquilado y la verdad es que les iba muy bien.

Cloe y su novio también se habían ido a vivir juntos hacía dos años, aunque Hugo llevaba bastante tiempo intentando convencerla; pero ella necesitaba tiempo para decidir sobre los cambios que podían producirse en su vida y él lo respetó desde el primer momento. La verdad era que ella pasaba más tiempo en casa de Hugo que en la de sus padres, pero el hecho de no decir en alto que se mudaba lo hacía menos real, y eso a ella le daba seguridad.

—Pero ¡qué guapas estáis! —dijo Hugo, chocando la mano con Gael y Marco.

—Tú que nos ves con buenos ojos —respondí, dándole un abrazo.

—¡Nos queda genial el vestido! —dijo Cloe, animada—. ¡Las tres de azulito!

Y es que ¡éramos las damas de honor! y llevábamos exactamente el mismo vestido. Fabiola nos preguntó que si nos apetecía parecer trillizas y a las tres nos hizo muchísima ilusión, así que nos fuimos de tiendas y acabamos encontrando un vestido en tres tallas diferentes que nos quedaba genial a todas.

—Solo quedan veinte minutos para la boda. Me voy a ver a mi madre, que está escondida en un despacho para que Ana no la vea.

—¡Vamos contigo! —dijimos Cloe y yo al unísono.

—Pues seguidme, unicornias.

Y las tres nos encaminamos a ver qué tal estaba una de las novias.

El momento de la ceremonia fue superemotivo. Ana esperaba en el altar a su futura esposa con una sonrisa nerviosa en los labios y, en ese momento, entramos nosotras en el salón con Fabiola, que iba cogida del brazo de su hija, y Cloe conmigo.

Ver al fondo del pasillo a Gael con las manos a la espalda, esperándonos, me hizo enamorarme más de él, si es que se podía. Estaba espectacular. Me miraba con una mezcla entre admiración y embelesamiento y, sinceramente, creo que yo también lo hacía.

Cuando llegamos al final, las tres nos pusimos a un lado, mientras el juez oficiaba la ceremonia más bonita que había visto en mi vida, sobre todo por el inmenso amor que se profesaban y que no se podía captar con una fotografía. Era algo real y entendí que Noe terminara por aceptarlo, porque cuando dos personas se enamoran, lo de menos es el sexo.

Se besaron al final de la ceremonia y todos aplaudimos y vitoreamos el gesto; yo, personalmente, estaba contentísima.

Después nos fuimos al convite, que se llevaría a cabo al aire libre en una finca a unos quince minutos del Ayuntamiento. Hugo y Cloe se vinieron con nosotros en el coche y Noe y Marco llevaron a las novias al convite.

Éramos unos sesenta invitados, una celebración relativamente familiar a la que también estaban invitados mis padres, los de Cloe y su hermano.

Llegamos todos más o menos a la vez a la finca, que había preparado unas mesas redondas fuera, sobre un césped muy cuidado, y con pérgolas para que el sol no descargara directamente sobre nosotros.

—¡Qué bonito todo! —dije alucinada.

—¿Te has fijado en la decoración de las mesas? —preguntó Cloe, cogiéndome del brazo—. No les falta detalle...

—Cuando me case quiero que todo sea así de perfecto —suspiré.

—Y yo —respondió mi amiga.

Madre mía, parecíamos dos tontas obnubiladas por tanto detalle, pero es que hacía tanto que no íbamos a una boda que yo creo que desprendíamos cierta sensibilidad en estos casos.

—Vamos a buscar a Noe —dijo Cloe.

—Sí, a ver cómo está, que miedo me da.

Y las dos nos fuimos en su busca. Nuestros novios se acercaron al cóctel que los camareros empezaban a servir mientras las novias se hacían el reportaje fotográfico, y encontramos a Noe en la barra pidiéndose un zumo de naranja.

—Te pillamos —le dije, cogiéndola de la cintura.

—No tengo pérdida, soy la dama de honor que no bebe alcohol —vaciló—. Anda, que si alguien me hubiera dicho que a la boda de mi madre iría embarazada y estaría a zumos, le habría dicho de todo.

—Para que veas, la vida da muchas vueltas —dije.

—Ya te digo —afirmó Cloe—. Si no, mírame a mí, pensando que el hombre con el que compartiría mi vida sería Raúl y, de la noche a la mañana, Hugo se cruzó en mi vida y se metió en mi corazón sin preguntar.

—¿Y qué decís de mí? —añadió Noe—. La mujer de hielo me llamaban, siempre con la coraza puesta para que no me hicieran daño, estando cada día con uno, y al final se me cruza un chico casi diez años mayor que yo...

—Ocho —aclaré.

—Bueno, ocho, y he sido la primera en quedarme embarazada de las tres.

—¿Sabéis? —dije—. Siempre pensé que cada una éramos diferente a las otras, pero me acabo de dar cuenta de que somos tan parecidas...

—Y cada una con su seña de identidad —apuntó Cloe—, y eso es lo que nos hace especiales.

Nos dimos las tres un abrazo y brindamos con zumos de naranja por nuestra amistad y por el pequeño o pequeña que pronto estaría con nosotras.

El convite fue espléndido. De primer plato nos dieron a elegir entre crema de calabaza con lágrimas de nata o *vichyssoise* con guarnición de almendras confitadas. Yo me pedí la crema y estaba espectacular. Después nos sirvieron un sorbete de limón al cava (del que, confieso, repetí).

De segundo plato nos pusieron confit de pato con salsa Cumberland y guarnición de patatas a lo pobre, y de postre, tiramisú casero acompañado de helado de mango y frutas del bosque.

Llegó el momento del baile nupcial y ¡las novias nos sorprendieron con una coreografía de la canción *I will survive!* ¡Qué bien se movían! Todos estábamos encantados de verlas bailar, porque lo hacían con el cuerpo y con la mirada; se las veía tremendamente enamoradas.

Luego todos nos unimos al final de la canción y disfrutamos de ese maravilloso momento.

Gael y yo nos acercamos a la barra libre a pedirnos unas bebidas; después de tanto bailar se agradecía algo fresquito. Le di un largo trago a mi refresco y él hizo lo mismo con el suyo, mientras me miraba con gesto travieso.

—¿Qué miras? —Arrugué la nariz.

—¿Yo? Nada.

—Claro, igual que mis nadas, ¿no?

Se rio mirando al cielo.

—¿No te puedo mirar?

—Hasta hoy siempre lo has hecho y no tengo queja.

—Me alegro, porque no voy a dejar de hacerlo nunca.

—¿No? Lo mismo algún día te aburres —coquetteé, rodeándole el cuello con los brazos.

—Imposible. Eso nunca pasará.

—¿Tan seguro estás?

—Convencido. —Y me besó.

—¿Lo estás pasando bien?

—No podía estar mejor.

—Hay gente a quien no le gustan las bodas.

—Soy de los que piensan que estas celebraciones tienen algo de magia.

—¿Por? —pregunté curiosa.

—Creo firmemente en el dicho de que de una boda siempre sale otra boda.

—¿Ah, sí? —me sorprendí—. Y de aquí, ¿cuál crees que saldrá?

—Uy, hay bastantes opciones. Noe y Marco tienen muchas papeletas.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—¿Por qué? —se rio.

—De repente, tienes argumentos para algunas situaciones que me dejan descolocada. Jamás habría imaginado que tenías esa percepción sobre las bodas.

—Eso es lo bonito de una relación, ¿no? El que sigamos sorprendiéndonos.

Nos besamos al vaivén de la música que sonaba en la barra libre, sin pensar en la gente que teníamos alrededor, porque estaba siendo un beso dulce, nada llamativo; sencillamente era sincero.

Estaba tan feliz a su lado que, si me lo hubiera propuesto, habría sido capaz de echar confeti por la boca.

Me cogió de la mano y nos dirigimos a la pista con los demás, que, animados, disfrutaban de la celebración. Gael y yo nos acercamos a las novias a darles la enhorabuena por tan feliz acontecimiento y por la maravillosa fiesta que habían preparado.

—Gracias a vosotros por venir —dijo Fabiola.

Cuando estábamos casi al final de la celebración, Gael me dio un abrazo inesperado y me susurró al oído:

—Ahora vengo.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cosa que hacer. —Y me dio un beso en la nariz.

Le miré extrañada, pero pensé que tendría que hacer alguna llamada de trabajo y continué bailando con mis amigas. Pero, como a los cinco minutos, oí:

—¿Se me oye?

Me volví y me encontré a Gael, micrófono en mano, llamando la atención de los invitados. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Iba a ponerse a cantar? Mira que no me lo imaginaba como animador de fiestas a punto de ponerse a entonar la conga.

—¿Pueden prestarme atención, por favor? —solicitó.

Miré a mis amigas superextrañada; esto no olía bien y, cuando lo que recibí fue una sonrisita cómplice de su parte, me convencí de que aquí había gato encerrado y era la única que no sabía de qué iba el tema.

Los invitados lo miraban, expectantes a lo que fuera a decir, y yo cada vez me escondía más detrás de mis amigas. Mira que no me gustaba ser el centro de atención y, no sabía por qué, pero algo me decía que en este caso lo sería.

No hizo falta que yo me acercara porque, con el corazón a mil por hora, vi que Gael venía hacia mí con paso lento pero decidido. ¡Y la culpa la tenía el micrófono inalámbrico! Si hubiera tenido cable, no habría llegado hasta donde estaba y podría haberme escondido debajo de una mesa o algo parecido. Pero no, aquí lo tenía, a un metro escaso, y, por lo bien que lo conocía ya, estaba nervioso, y mucho.

La gente se separó un poco, creando un círculo imaginario, y nosotros nos quedamos en el centro. Miré a mi alrededor y ahí estaban mis amigas, con risita cómplice y yo a punto de matarlas. Mis padres también nos miraban, pero, un momento, ¡también tenían ese gesto! Pero ¿aquí qué pasaba? ¡Estaban todos al tanto menos yo!

Dirigí mi mirada a Ana y Fabiola y... ¡no! ¡También sabían algo! Joder..., me estaba poniendo tan nerviosa que temía por mi estabilidad y por no desmayarme de bruces sobre mi novio. Apuesto a que hasta los camareros sabían más que yo.

Gael me cogió la mano y consiguió que lo mirara después de estar distraída observando a los invitados y buscando a alguien que me chivara qué coño estaba pasando aquí.

—Tranquila —susurró sin micrófono.

—Te mato —respondí en el mismo tono.

Me guiñó un ojo y no pude evitar sonreír.

—Lo primero de todo, quiero dar las gracias a Fabiola y Ana por dejarme hacer esto en su día. Y lo segundo, pedir perdón a los asistentes por si se me traba la lengua. —Hizo una pausa y se volvió a centrar en mí—. Nai, te prometo que tenía todo esto ensayado, pero con gente impone más.

Se escuchó un ligero rumor entre los invitados.

—Sabes que no soy muy de hacer declaraciones en público —continuó—, pero la ocasión lo merecía. Y aquí me tienes, micrófono en mano, delante de tantas personas, entre ellos tus padres, que eso ya es para nota —sonrió—. Mi amor, cuando te conocí entraste como un huracán en mi vida, lo pusiste todo patas arriba para luego volver a ordenarlo, pero de una manera diferente, buscando siempre el que yo estuviera bien conmigo mismo. Tenía muchos problemas familiares y fuiste capaz de abrirme los ojos y hacerme ver que todo era posible. Y una de estas cosas es ser capaz de gritar a los cuatro vientos que te quiero, que te amo y que quiero que me elijas eternamente para pasar la vida juntos.

Cuando parecía que yo estaba al borde del infarto, vi que dirigía la mirada hacia donde estaban mis padres. Se acercó a ellos y, tendiéndoles la mano, que ambos apretaron (mi madre entre lágrimas, todo hay que decirlo), dijo:

—Con su permiso.

Mi padre asintió también con los ojos húmedos y Gael volvió hacia mí. ¡Madre mía, me iba a desmayar! Lo miré entre extrañada y muy emocionada, y el *summum* vino cuando metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar algo.

¡No! ¡No podía ser verdad!

Sonrió nervioso y también algo emocionado cuando me mostró una caja de terciopelo rojo y, ante mi incredulidad y al borde del colapso emocional,

hincó la rodilla en el suelo. Me llevé las manos a la boca y empecé a llorar, negando con la cabeza.

—Nai —dijo desde abajo, sosteniendo mi mano—, ¿quieres casarte conmigo?

Juro que para mí el tiempo se paró en ese mismo momento y la gente también desapareció. Solo estábamos él y yo, con nada más que un anillo espectacular interponiéndose entre nosotros.

Asentí sin saber muy bien qué hacer y, tras sonreír aliviado y dejar que una lágrima resbalara tímida por su rostro, se levantó y sacó el anillo para ponérmelo mientras le temblaba el pulso. Nos mirábamos nerviosos, emocionados y enamorados, muy enamorados.

Nos abrazamos y de fondo empezamos a escuchar los aplausos de los invitados, además de silbidos y vitoreo, pero yo no quería separarme de él. Apoyé la cabeza sobre su hombro y así quise permanecer eternamente.

—Te quiero —dije con voz entrecortada.

—Te amo, mi vida. Te amo...

Así fue como una historia que comenzó una noche de verano en un baño, de manera algo cómica, terminó uniéndome al amor de mi vida.

Y es que por amor se hacen muchas cosas, entre ellas, elegir eternamente a la persona que quieres que te acompañe el resto de tu vida.

AGRADECIMIENTOS

No os imagináis el tiempo que llevo pensando en los agradecimientos, y que no los haya habido en ninguna de las partes anteriores ha sido premeditado. Quería dejarlos para el final y así poder explayarme.

Siempre, cuando termino de leer un libro, me encanta leer los agradecimientos, porque sé que para los autores y autoras son una parte muy importante de la novela. Hacer saber a los destinatarios de esos agradecimientos que se han sentido apoyados por ellos y darles su lugar en el libro.

Por eso he preferido dejarlo para el final y espero no dejarme a nadie (aunque con lo despistada que soy probablemente lo haga y desde ya pido perdón).

Cuando le presenté a Adelaida Herrera (mi editora) este proyecto, lo hice nerviosa, emocionada y, sinceramente, pensando que me diría que no era lo que buscaba. Incluso llegué a pensar que, en cuanto me dijera que no, podría autopublicarlo. Pero cuando me respondió diciéndome que le gustaba la idea y que empezara a darle forma, creí morir de miedo.

Estaba a punto de publicar con Click Ediciones *Nos dejamos llevar por una mirada* y ante mí se presentaba un proyecto muy ambicioso, que consistía en diez partes de una misma historia, que se traducían en más de mil páginas. ¡Jamás había escrito algo tan largo! Pero tenía que hacerlo y lo cogí con muchas ganas (y mucho respeto). Escribir es algo que me completa, me llena y me evade, y qué mejor manera que seguir haciéndolo con este gran reto.

Fui a las oficinas de la editorial Planeta de Libros en Madrid, y las piernas me temblaban tanto que casi ni me respondían. Todo esto era nuevo para mí; al fin y al cabo, llevaba escribiendo poco más de un año y ya me veía en estas grandes oficinas. Creí que en cualquier momento despertaría de un sueño.

Pero cuando conocí personalmente a Adelaida todo fue mucho más fácil y me hizo sentir como en casa. Un café, risas y una conversación con futuro.

Por todo esto y mucho más que he vivido con ella, quiero agradecer a Adelaida Herrera la gran oportunidad que me dio y por ser tan cercana,

comprensiva, empática, amable y no dejar de sonreír. Hablar con ella es tan fácil, te lo hace todo tan sencillo... Y cuando te sientes agobiada, bloqueada o un poco baja de moral, allí está ella para darte ánimos para seguir adelante. Gracias, Ade.

También quiero agradecer a María Eugenia Santa Coloma, mi correctora, la paciencia que ha tenido conmigo. Desde el minuto uno he aprendido muchísimo con ella y de ella, siempre disponible para mis dudas, ya fuera fin de semana o mediante mensajes trasnochadores. Las correcciones se convirtieron en un intercambio de ideas muy divertido, lleno de respuestas ingeniosas y caritas sonrientes. María Eugenia, ha sido un verdadero placer trabajar contigo y espero que podamos volver a trabajar juntas. ¡Ah! Y en este momento te nombro madrina del bebé de Noe y Marco, que sabía que te hacía ilusión, así que ¡enhorabuena!

A mí siempre me ha parecido muy complicado lo de poner títulos; nunca sé cómo sintetizar una historia en una sola frase, y aquí es donde un día llegó Víctor Díaz y me lo hizo todo más fácil. Gracias por darme tantísimas ideas de títulos, y que sepáis que algunos de ellos son de su cosecha, como, por ejemplo, este último. Hacíamos *brainstorming* de títulos y, al final, solían salir mezclas mágicas que enviaba a Adelaida y ella aceptaba encantada.

No me quiero olvidar de mi prima Isabel, porque el personaje de Noemí nació gracias a ella y a sus ocurrentes frases, muchas de las cuales están literalmente calcadas de sus palabras.

Al actor Oriol Anglada, por dejarme utilizar su imagen para el personaje de Hugo y mandarnos un vídeo como si fuera él quien hablara. Gracias.

Al cantante Héctor Pérez, por no dudar en cederme su imagen para el personaje de Rubén. No dudéis en buscarlo y escuchar su música, porque es bellísima.

Por supuesto a mi marido, Luis, y a mis hijos, Álvaro y Leire, por aguantar mis nervios y mis ausencias y por hacerme sentir menos culpable cuando he estado enfrascada mucho tiempo en una parte y estaba desaparecida. Gracias por apoyarme tanto y por hacerme sentir tan bien con vuestras palabras, gestos y consejos. Mi vida sois vosotros.

A mis padres, Carmen y Roberto, y a mis hermanos, Elena y Rober, por entenderme y apoyarme y por sentirnos orgullosos de mí, por compartir mis alegrías y entender mis penas, y por no haberme soltado la mano nunca por muy difícil que os lo pusiera. Gracias de corazón.

A Dublineta Eire, Rossalyn Callum, Cris (mi rubia catalana), Kris L. Jordan, Clara Ábori, Noelia Moral, Marien Sabariego, Sonia Kirtchen... (no quiero dejarme a nadie) por acompañarme día a día en esta locura que es la de escribir.

No puedo dejarme a mi tía Conchi, por escribirme el mismo día que se publicaban los libros para darme la enhorabuena y pedirme más.

Y a todas las personas que me leen, porque sin ellas esto no existiría. Gracias por dejar que la historia de Naira y Gael se colara en vuestras casas todos los meses durante casi un año. No sé cómo agradeceré tanto apoyo. Nuria, gracias por llamarme bruja cada vez que terminaba una parte, porque eso era señal de que no te había decepcionado. Vanessa, a ti gracias por tus mensajes a medianoche avisándome de que ya estaba a la venta la siguiente parte. Estas dos lectoras han convertido en tradición algo que comenzaron en la primera parte y me he reído muchísimo con ellas. Me encantaría nombrar a todas las personas, pero los agradecimientos serían más largos que todos los libros juntos.

A todos los blogs que han ido anunciando las publicaciones y las reseñas tan bonitas que han hecho de mi historia. Gracias.

¿Sabéis lo que más me llevo de toda esta experiencia? Amistades. Personas que, a raíz de escribirme para comentarme algo de la historia, se han ido convirtiendo en amigas, y sé que mantendremos el contacto aunque esto se acabe. Y para mí es lo más importante.

Y para terminar, no quiero marcharme sin dar las gracias a Naira, Gael, Cloe, Hugo, Noemí y Marco. Porque se han convertido en parte de mi vida, porque no me imagino dejar de escribir su historia, por aportarme tanto, por hacerme reír, llorar, suspirar y provocarme mariposillas.

Qué difícil es poner fin a algo tan mágico, y lo digo con un nudo en la garganta, porque con estas letras terminará una etapa maravillosa.

Pero ha llegado el momento. Gracias, gracias y mil gracias, la serie «Por amor» se despide con un hasta pronto.

CARTA A LOS LECTORES

Hola, soy Naira. Lo mismo os sorprende que os escriba esta carta, pero no quería que esto se acabara sin daros las gracias.

Gracias por haber dejado que la historia de estas tres unicornias un poco locas haya entrado en vuestras casas y por haber elegido querer pasar parte de vuestro tiempo con nosotras.

La verdad es que jamás me hubiera imaginado que nuestras aventuras y desventuras pudieran haber llegado tan lejos, y es que María quiso un día darles forma y le estaremos siempre infinitamente agradecidas.

No quería despedirme sin deciros que, cuando les conté a mis padres lo que me había pasado con Mora, quisieron matarle, literalmente, pero se quedaron más tranquilos (y yo también) cuando nos enteramos de que se había ido al extranjero a estudiar. Y no volví a verlo más.

Se enteraron por mis amigas de lo que Gael había hecho y se presentaron en su estudio personalmente para darle las gracias por todo, pero sobre todo por haberme ayudado en todo el proceso y haber conseguido que volviera a confiar en las personas.

Gael me regaló por mi cumpleaños un viaje a París, y es que me había prometido volver para empaparme de la Ciudad de la Luz y lo hice con la mejor compañía que podía tener.

¡Ah, y otra cosa! Un día, estando con Gael de compras, me encontré con Rubén. Iba también con su novia y me dijo que había aprobado las oposiciones y que ya ejercía de policía nacional. Me alegré un montón de verlo, fue una parte muy importante de mi vida y se portó tan bien...

Bueno, pues ha llegado el momento de decir adiós, de poner fin a esta historia de tres unicornias que un día empezaron a contaros que tenían una fiesta de fin de curso y tenían que ir vestidas con los colores del arcoíris.

Y me cuesta mucho despedirme, pero todo tiene un fin, y queremos agradecer eternamente vuestra cercanía y apoyo.

Ya solo queda una cosa por decir: nos vemos pronto y ¡que viva la fiebre unicornia!

Gracias.



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Te elegí eternamente.
Serie Por amor 10
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, nd3000 / Shutterstock

© María Beatobe, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18068-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

La magia de aquel día

Clara Albori

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

